

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 50 por trimestres en casa de los comisionados, y 12 rs. al mes y 54 trimestre en la administración.—En el Extranjero: 30 rs. trimestre.—En Ultramar: 30 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la Administración, calle de Silva, núm. 49, entresuelo, y en las librerías de la Publicidad, Olamendi, Lopez, Bayli-Bailliere, Cuesta y Lizcano.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

PARTE EXTRANJERA

Las segundas elecciones que acaban de tener lugar en el reino llamado de Italia, última esperanza del ministerio Lamarmora y del partido que representa, no han hecho sino aumentar el peligro de muerte que le amenaza de este lado. De treinta y siete nuevos diputados, doce solamente son moderados, y los restantes, esto es, veinticinco, pertenecen a la extrema izquierda de la Cámara. Si ya el ministerio que cayó en Diciembre último no pudo resistir el empuje de la oposición, ¿cómo podrá vivir el que se formó con tantas dificultades el 2 de Enero, ahora que esa osada fracción acaba de recibir un refuerzo tan considerable?

Colocado el ministerio entre la alternativa de disolver la Cámara o presentarse ante ella, y ofreciendo ambas cosas graves inconvenientes, ha adoptado el recurso que ayer indicamos a nuestros lectores: el de prorogar al 22 la apertura del Parlamento, que debió tener lugar el 15 ganando así siete días de vida. La *Gaceta oficial* de Florencia inserta el decreto de prórroga de las sesiones, precedido del correspondiente preámbulo, donde se contienen los motivos que ha tenido el ministerio para proponer al Rey esta medida. El ministro del Interior, señor Chiaves, dice en ese documento «que el nuevo Gabinete ha comprendido toda la gravedad del cargo y de las circunstancias en que lo recibe; que esto le impone el deber de mostrar al país con qué seriedad de propósitos quiere atender al cumplimiento de su misión; que el ministerio ha comenzado el examen de los graves proyectos presentados al Parlamento por el que le precedió; pero que el estudio concienzudo de esos proyectos exige tiempo más largo del que restaba para la continuación de las sesiones, según el acuerdo de la Cámara, lo cual obligaba al ministerio a proponer la prórroga mencionada, a pesar de su vivo deseo de presentar cuanto antes al Parlamento, etcétera, etcétera».

Curioso es ver tan lleno de serias razones al Sr. Chiaves, a esa especie de payaso literario, antiguo redactor del *Pilo*. Esa relación no habrá hecho mucha gracia a los miembros del gabinete anterior, pues al decir que los nuevos ministros desean cumplir su misión con seriedad de propósitos, parece insinuar que los antiguos no tuvieron propósitos serios. Pero quien más debe sentirse ofendido es el Parlamento. Dice el Sr. Chiaves que necesita el ministerio de esos días de vacaciones parlamentarias «para atender al cumplimiento de su grave cargo». ¿Qué es esto sino un insulto al parlamentarismo? ¿No es por ventura afirmar implícitamente que los diputados y senadores en vez de ilustrar al ministerio con sus luces, con sus consejos, con sus enmiendas, con sus interpellaciones, lo distraen, lo embrollan, lo embarazan, lo impiden, en una palabra, el cumplimiento de su grave cargo? En lugar de encerrarse a estudiar privadamente, ¿no sería más provechoso que el ministerio lo hiciese en el seno de las Cámaras bajo la dirección de tantos y tan sapientísimos maestros? ¿Hay por ventura cuestiones, sean políticas o administrativas, civiles o eclesiásticas, morales o dogmáticas, humanas o divinas, que los Parlamentos no ilustren y resuelven con más expedición que un concilio ecuménico?

Pero dejemos esta desconfianza reprensible que manifiesta el ministerio italiano hacia la omnipotencia y sabiduría parlamentarias, y digamos cuáles son los motivos verdaderos que el ministerio Lamarmora ha tenido para prorogar la apertura de las Cámaras. Una carta de Florencia que tenemos a la vista, nos revela el plan del Gabinete, que no es otro que el de ganar tiempo. Reuniéndose la Cámara el 22, entre la disensión de actas, los incidentes ordinarios y las vacaciones del Carnaval, se llegará al fin de Febrero: no habiendo tenido tiempo para aprobar las nuevas leyes relativas a impuestos, Lamarmora pedirá autorización para seguir cobrándolos en los tres meses siguientes, como ya lo hizo anteriormente; y conseguido esto, disolverá la Cámara procediendo a nuevas elecciones, en las que se hará uso en las más altas dosis del consabido ingrediente llamado en la farmacia política *influencia moral*.

Como se ve, con este plan, caso de ser cierto, no se conseguirá otra cosa que prolongar por breve tiempo la vida del enfermo amenazado de una crisis mortal, como lo declaran muchos síntomas. Además de las segundas elecciones, de que hicimos mérito al principio, que han llevado un nuevo contingente a la extrema izquierda de la Cámara, observábase otros hechos no menos significativos. *L'Unità italiana*, diario mazziniano, que había suspendido su publicación por falta de fondos, ha vuelto a ver la luz el 1.º de Enero insertando largas listas

de ofrendas que le hacen sus correligionarios. El *Deber*, otro periódico mazziniano también, ha vuelto a aparecer, y en su primer artículo suscrito por su director, anuncia como imminente una crisis que será la explosión de la tempestad.

En el mismo sentido se expresan los diarios de orden. El *Standard católico* dice que, aparte del carácter de las últimas elecciones, no puede negarse que el aire que se respira en Italia es enteramente favorable a la revolución. El *Diritto*, diario revolucionario, escribe audazmente que si los ministros obedecen al Rey encargándose del poder, él, el *Diritto*, recuerda al Parlamento su derecho de echar por tierra al ministerio, negándole los medios de gobernar el Estado.

Tal es la situación de Italia. ¿Y cómo era posible otra cosa? Los Gobiernos que se han sucedido en el poder hace ya muchos años se han propuesto por principal tarea destruir todos los gérmenes de autoridad, de orden y de paz, dando libre esparcimiento a los que no pueden dar de sí más que la desobediencia, los trastornos, la corrupción. Mientras mantiene ciento ochenta sedes episcopales vacantes, y cierra los seminarios y suprime las órdenes religiosas y despoja a la Iglesia, paga a profesores como Della Rocca, De Meis y De Filippi, que enseñan en Parma, en Bolonia y en Turin que el hombre desciende del mono; deja blasfemar a la prensa; permite toda clase de asociaciones impías, y abre la puerta a toda licencia en el nuevo código civil, puesto en vigor desde primero de año, donde declara que las órdenes sagradas y el voto religioso no son motivos legales para impedir el matrimonio.

Si a estos gérmenes de disolución social se junta el estado de empobrecimiento y ruina de los pueblos, agobiados por enormes tributos, que ya no bastan para sostener las cargas no menos enormes de esa desdichada nación, ¿qué puede esperarse sino una crisis suprema que acabe con la existencia de ese conjunto repugnante de atentados y de corrupción que se llama reino de Italia?

TELEGRAMAS.

PARIS, 15 de Enero de 1866.

Las noticias de Nueva-York alcanzan al 1.º de Enero, y las de Chile al 2 de Diciembre. Prado, dictador del Perú, queriendo favorecer a Chile, se niega a aprobar y ratificar el tratado con España. Esta última noticia necesita confirmación.

NUOVA-YORK, 4.

Un despacho oficial de Washington asegura que el viaje de Seward al Sur por el Atlántico, carece de objeto político. El corresponsal del *Correo de los Estados Unidos* asegura que la ausencia de este ministro durará tres semanas, y que visitará el puerto y la ciudad de Veracruz.

El gobernador del Ohio ha proclamado la doctrina de Monroe.

El oro está a 143.

El algodón a 52.

PARIS, 4.

En la Bolsa de hoy quedaban: el 3 por 100 interior español, a 33 0/0; títulos pequeños; el exterior, a 40 0/0; la diferida, a 34 0/0; la amortizable, a 40 0/0; el 3 por 100 francés, a 68-50 0/0, y el 4 1/2 a 47-60.

LONDRES, 4.

Los consolidados ingleses quedaban a 87 3/8 a 1/2.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL

MADRID, 16 DE ENERO DE 1866.

EL CARDENAL ARZOBISPO DE SANTIAGO al director de LA IBERIA.

CARTA 9.ª

SANTIAGO y Enero 10 de 1866.

Muy señor mío y de mi consideración: Después de las amargas quejas por mi falta de caridad, cuando lo único que ha habido es una falta de lógica por parte de Vd., pasa a hablar del derecho de la Iglesia a adquirir bienes temporales o posesiones, que Vd. dijo en su exposición la había negado Jesucristo. Desde luego debe Vd. suponer que yo no creía a Vd. tan inhumano que quisiese que los Sacerdotes ocupasen su tiempo en servir a los fieles y se fuesen luego a morir de hambre en un rincón. Este pensamiento es tan absurdo que parece no caber en el entendimiento de ningún católico. Sin embargo, por lo que pudiera suceder, el Señor quiso dejar consignado este punto diciendo que el operario es digno de su sustento, y San Pablo amplió este pensamiento en su primera carta a los Corintios y en otras. Un impío diría en su lenguaje: que el Sacerdote deje su oficio, deje de servir al fanatismo y que busque otro género de vida para ganar de comer.

Me obliga Vd., pues, a hablar otra vez del derecho de la Iglesia sobre los bienes temporales; y aunque esta no es la cuestión principal que traemos entre manos, sin embargo, tiene con ella mucha conexión y es muy importante en estos tiempos.

Presenta Vd. en el número 10 de Octubre una serie de aseveraciones sin pruebas acerca de este grave asunto, que yo no puedo dejar pasar; porque no quiero que prescriba el error quedando indefensa la verdad. Por eso voy a presentar yo también mi teoría sobre el derecho de la Iglesia a adquirir posesiones que Vd. la niega; y aquí va a presentarse un fenómeno singular, un Cardenal defendiendo la libertad contra el despotismo que *La Iberia* sustenta acerca de la propiedad. Espectáculo raro que excitará la hilaridad y que va a probar que el Papa tenía razón cuando decía que no podía reconciliarse con el progreso, el liberalismo y la civilización moderna; porque aquellos dos señores y esta dama se hacen no pocas veces liberticidas, despotas y tiranos, y el Papa no puede reconciliarse con estos seres repugnantes.

Ante todas cosas quiero hacer una manifestación que tengo derecho a exigir se crea sincera, y es, que no pretendo inquietar a los poseedores de los bienes de la Iglesia española; ha mediado un Concordato; el Papa, que es el Vicario de Jesucristo, y como si dijésemos su apoderado general con todas las facultades necesarias para gobernar su Iglesia, ha dicho «que los compradores de los bienes eclesiásticos en España disfrutarán segura y pacíficamente la propiedad de dichos bienes y sus emolumentos y productos». Nada tengo que decir: lo ha hecho quien podía hacerlo, y a un católico sólo le toca respetar este acuerdo solemne del Vicario de Jesucristo y someterse a él. La Iglesia no faltará al tratado, que haga lo mismo el Gobierno, y negocio concluido.

Hecha esta salvedad, voy a presentar francamente mis ideas sobre el derecho que la Iglesia tuvo y tendrá siempre para adquirir bienes muebles e inmuebles, sólo con el fin de defender la verdad, que es eterna, y no debe quedar sofocada por el polvo que levantan los acontecimientos humanos, y que ciega a muchos hombres.

En los antiguos imperios de Oriente se creía que el individuo era sólo usufructuario de sus bienes, y que la propiedad pertenecía al Emperador, a quien se miraba como una divinidad, como lo prueba la soberbia de Nabucodonosor. Tal era el despotismo oriental sobre la propiedad. En las repúblicas griegas se creía que el Estado era el propietario de todos los bienes que había dentro de sus límites, el cual repartía a los ciudadanos su ración como se hace en un convento. Entre los antiguos romanos, el ejército victorioso conquistaba las provincias para sus caudillos. Nunca distribuyó a cada ciudadano su parte, y constituyó la propiedad particular bajo el dominio eminente del Imperio, y de aquí la costumbre de que bajo la acción y concesión del Estado se hiciesen las traslaciones de dominio. Pero el buen sentido de los romanos, desarrollado por Cicerón principalmente, hizo desaparecer ese origen absurdo de la propiedad, asentando que ella estaba, no en la concesión de las leyes, sino en la naturaleza. Al caer hecho pedruzco el coloso del Imperio a los rudos golpes de los bárbaros, los caudillos de estos conquistaban las provincias, repartían territorios a sus capitanes, y estos, fortalecidos en sus castillos, distribuían tierras a sus siervos. El Rey se consideraba como el señor feudal de todo el territorio de la monarquía.

Todas estas ideas acerca de la propiedad venían a coincidir con las del despotismo oriental y de la tiranía democrática de las repúblicas griegas.

Por eso decía el Arzobispo de Reims a mediados del siglo XV al Rey de Francia, «digan algunos lo que quieran de tu potestad ordinaria, debes saber que no te es lícito arrebatarme lo mío; porque lo mío no es tuyo. Te reconozco como principio en la administración de justicia; pero así como tú tienes tu patrimonio, así yo tengo el mío». Estas son también las ideas de libertad sobre la propiedad que profesa hoy el Arzobispo de Santiago, y no las que profesaba el despotismo Luis XIV, que en la instrucción al Delfín decía: «Todas las cosas que se hallan en nuestro reino nos pertenecen; ten, pues, presente que los reyes, como señores absolutos, tienen plena y libre facultad de disponer de los bienes poseídos por la Iglesia o por los legos, de aquella manera, sin embargo, que suelen hacerlo siempre los prudentes administradores». Montesquieu, ¿quién lo dijera! Montesquieu, el oráculo de los publicistas por tanto tiempo, apoyó este bárbaro despotismo, asentando «que la propiedad es obra de la sociedad y una emanación, no del derecho natural, sino del civil». Y Mirabeau decía también, «la propiedad particular es un dominio adquirido en fuerza de las leyes: sólo la ley constituye la propiedad». No obstante el poder de la facción de Robespierre, fué todavía por un momento

más poderosa la voz de la naturaleza en la convención nacional de 1793, y adquirió un triunfo plenísimo en la declaración de los motivos para el código de Napoleón, al decir aquellos juriconsultos: «nosotros profesamos el principio de que el derecho de propiedad no nace de algún pacto, ó de alguna ley positiva, sino de la íntima constitución de la naturaleza».

No: el derecho de propiedad no es una emanación del derecho civil, sino del derecho natural. Dios concedió al hombre la capacidad de hacer suyas las cosas de la tierra; porque le dotó de inteligencia y le dió un cuerpo que tiene necesidades terrestres, y por eso dijo, (Génesis, 1.º 28.) a nuestros primeros padres bendiciéndolos: «Creced y multiplicaos y llenad la tierra, y sojuzgadla, y tened señorío sobre los peces de la mar, y sobre las aves del cielo, y sobre todos los animales que se mueven sobre la tierra»: lo mismo repitió a Noé al salir del arca.

Hé aquí la capacidad natural declarada y confirmada explícitamente por el Criador, y esta capacidad es la raíz del derecho de propiedad. A esa capacidad se agregó el hecho humano de tocar la materia, ocuparla, elaborarla y perfeccionarla para hacerla servir a los usos de la vida; y el primero que ejecutó esto sobre una cosa terrestre que a nadie pertenecía, el primero que arrancó por ejemplo piedras de un monte, y cortó ramas de un árbol, que a nadie pertenecían, para edificar una casa, adquirió el derecho de propiedad sobre esos materiales y sobre la casa, el derecho de usar de ella con esclusión de los demás, el derecho de disponer de ella como cosa suya, de donarla, de permutarla y hasta de abusar de ella caprichosamente sin que por esto faltase a la justicia, aunque en este último caso faltase a otra virtud. Esto lo dice el sentido común, y lo ha dicho siempre el instinto de los pueblos que es la voz de la naturaleza. Hoy mismo un cazador que mata un ave ó una res, que no es de nadie, por este solo hecho la hace suya, y si yo fuese a arrebatársela, todo el mundo me llamaría ladrón, no porque así lo hayan querido las leyes civiles, sino porque esa es la voz de la naturaleza. Si sucediese ese mismo caso con un hombre que viviese en el centro de la Australia, en medio de los bosques, sin conocer sociedad, ni leyes civiles, sería yo ladrón si le fuese a arrebatár el animal que hubiese muerto con sus flechas. Estas son las ideas de mi teología sobre el derecho de propiedad; porque también los teólogos tratamos del derecho natural y de la moral, son las ideas del buen sentido, del instinto de la naturaleza, del cual se han apartado muchos juriconsultos, desvaneciéndose en sus pensamientos y en sus argucias, al hacer derivar el sagrado derecho de propiedad de la concesión de las leyes, del Estado, ó del Príncipe, que es lo mismo. Las leyes civiles sobre la propiedad no deben hacer más que fortalecer y defender el derecho natural.

Pasemos ya a la propiedad eclesiástica, que es aquí mi principal objeto. La Iglesia es una sociedad espiritual, si, como nuestra alma; pero que tiene necesidades terrestres como nuestro cuerpo, y por eso tiene la capacidad natural de adquirir bienes terrenos, y si se agrega el hecho humano de hacérsela una donación, v. g., por un individuo que tiene propiedad, pasa naturalmente esa a la Iglesia. Porque la Iglesia recibió de su divino fundador el derecho de establecerse en todas partes. *Id. y enseñad a todas las gentes*, dijo el Señor a sus enviados. Todo hombre, pues, tiene derecho, no sólo natural, sino también divino a formar parte de esta sociedad religiosa y, por consiguiente, derecho y aun obligación a contribuir con algo de esos bienes para cubrir las necesidades terrestres de ella, y desde el momento en que lo hace, la propiedad salida del dominio individual pasa a la corporación y queda sujeta a la administración de los que la presiden legítimamente.

La propiedad eclesiástica, pues, nace del derecho que cada cristiano tiene para dar a la Iglesia y del que esta tiene para recibir, y por consiguiente la propiedad así adquirida es un derecho estable, permanente, perfecto en su género, esto es, que comprende la propiedad, el uso y la perpetuidad; porque si la propiedad es permanente en la familia y en el Estado respecto de algunos bienes, porque la una y el otro permanecen en medio de la sucesión de las personas, fija y permanente debe ser también la propiedad eclesiástica; porque la Iglesia nunca muere; y como ha sido instituida esta sociedad por Dios, y no por los hombres, de Dios y de la naturaleza le vienen sus derechos y nadie puede abolirlos. Ni se diga que el modo y las solemnidades de la propiedad eclesiástica son señaladas por el Estado y que en ellas no hay dominio; porque también señalaba el Estado las solemnidades para las adquisicio-

nes legas y, sin embargo, cada uno posee lo suyo sin que se crea deudor de ello al Estado. Las solemnidades suponen la propiedad, no la constituyen.

Conforme a estas ideas, que son de sentido común, los primeros fieles de Jerusalén, como se dice en el cap. 4.º de los Hechos, vendían espontáneamente campos y casas y ponían el precio de ellos a los pies de los Apóstoles, y estos no tuvieron escrúpulo ninguno en recibirlo sin pedir licencia al Emperador y distribuirlo según las necesidades. Desde entonces aprendieron los fieles a hacer donaciones de bienes, muebles ó inmuebles, pasando perpetuamente su propiedad a la Iglesia. Desde entonces ha sido una la voz de todos los siglos, que proclamaba en los cristianos el derecho a dar, y en la Iglesia a recibir: que lo así dado y recibido permanecía bajo el dominio de la Iglesia como su propiedad y su patrimonio, y que los invasores de esos bienes debían ser acusados de hurto y aun de sacrilegio, porque se consideraban aquellos como consagrados a Dios.

Es notable el hecho de San Ambrosio, que el mismo refiere en la Epístola 20.ª. A nombre del Emperador Valentiniano se le pedía un templo para entregarlo a los herejes arrianos. «Respondi, dice el mismo, lo que estaba en el orden; el templo de Dios no podía ser entregado por un Sacerdote.... Me vio entregado por los tribunos, que decían que el Emperador usaba de su derecho, porque todas las cosas estaban bajo su potestad. Respondi, si me pidiere lo que es mío, esto es, mi campo, mi dinero, yo no le negaría ninguna de estas cosas, aunque todo lo que es mío es de los pobres; pero que las cosas que son divinas no están sujetas a la potestad de un Emperador. Si se pide mi patrimonio arrebatado; si mi cuerpo, os saldré al encuentro. ¿Queréis llevarme a la cárcel ó a la muerte? Esera mi gusto. No me rodearé de la multitud del pueblo; ni me agarraré a los altares, pidiendo la gracia de la vida; moriré gustoso.... Se me manda, en fin, entregar el templo. Respondi: ni a mí me es lícito entregarlo, ni a tí te conviene, oh Emperador, recibirlo. ¿Por ningún derecho puedes violar la casa de un particular y juzgas que debe ser arrebatada la casa de Dios? Alega que al Emperador todo le es lícito, que todas las cosas son de él; respondo, no te cases; oh Emperador, pensando que tienes algún imperial derecho sobre las cosas que son divinas.

No te engrías, y si quieres ser Emperador por mucho tiempo, sométete a Dios. Escrito está: las cosas que son de Dios a Dios, las que son del César al César. Al Emperador pertenecen los palacios, al Sacerdote las Iglesias: tienes derecho sobre los edificios públicos, no sobre los sagrados. Hasta aquí San Ambrosio, el cual en los tiempos que corremos pasaría por un rebelde, digno por lo menos de extrañamiento del reino. Si los Sacerdotes están de acuerdo con los Reyes, se dice que conspiran con ellos para tiranizar a los pueblos: si defienden contra aquellos la verdad y la justicia, se dice que turban la paz. Falso lo uno y lo otro. Aman la paz con la justicia, a nadie adulan, obedecen a Dios y a los Gobiernos; pero a Dios antes que a los hombres; defienden las cosas que son de Dios, no son agresores ni derraman sangre ajena, sino la propia, cuando es necesario. Esta es la verdad.

He dicho que los fieles desde el principio se creyeron autorizados para donar bienes muebles ó inmuebles a la Iglesia, a pesar de que el Imperio la perseguía y no la reconocía como un cuerpo lícito. Eusebio refiere, libro 8.º de la historia eclesiástica, que como el hereje Pablo, Obispo de Samosata, no quisiese desalojar una casa de la Iglesia, interpellado el Emperador Aureliano decidió rectísimamente este asunto mandando que fuese entregada la casa a aquellos a quienes los Prelados italianos de la Religión cristiana y el Obispo de Roma dijese que se debía entregar. El Emperador Constantino, según el mismo Eusebio, mandó que fuesen restituidas todas las cosas que pareciese rectamente que pertenecían a la Iglesia, ya fuesen casa, y posesiones, ya campos, huertos ó cualesquiera otras cosas. Hé aquí dos testimonios de la historia, de los que aparece que la Iglesia se creyó autorizada para adquirir bienes inmuebles, aunque las leyes del Imperio se lo negaban por considerarla como un cuerpo ilícito, y por eso se la perseguía.

Sin embargo, la equidad natural hizo que algunos Emperadores gentiles reconociesen como justas esas adquisiciones, y dada la paz a la Iglesia, el emperador Constantino manda que se le restituya esa propiedad inmueble de que había sido despojada en las anteriores persecuciones.

He querido extenderme algo tanto sobre estas ideas acerca del derecho de propiedad en general y del de la Iglesia en particular, para

cotejar con ellas las que Vd. manifiesta tener, en especial sobre la propiedad eclesiástica, y ver así de qué lado está la verdad.

Después de haber recordado Vd. que Jesucristo dijo a sus Apóstoles: digno es el trabajador de su comida, con los demás pasajes análogos, pregunta Vd. ¿pero se deduce de esto, por ventura, que la Iglesia y sus ministros tengan un derecho propio e ilimitado a la propiedad inmueble? Contestó, no señor; lo que se deduce es que el ministro del Evangelio tiene derecho a exigir de los fieles lo que necesita para vivir con modestia, como un operario tiene derecho a exigir que se le pague el jornal y nada más. Pero si el amo quiere generosamente darle mucho más, ¿privará Vd. al operario del derecho de recibir este aumento? Pues así el ministro de Jesucristo no tiene derecho a exigir más que lo preciso para su sustento; pero si la piedad de los fieles quiere darle más, ¿le privará Vd. del derecho de recibirlo? ¿Privará Vd. a los Prelados de la Iglesia del derecho de recibir esas donaciones que la piedad consagra a Dios para que se inviertan en las necesidades generales de la sociedad cristiana? La Iglesia no sólo tiene que alimentar a sus ministros, sino también construir y conservar los templos, sufragar los gastos del culto, proveer a la educación de los jóvenes que se dedican al santuario, sostener los institutos religiosos y alimentar a los pobres.

«Cubranse satisfactoriamente, dice Vd., las necesidades de la Iglesia: atiéndase a la manutención de sus ministros; he aquí lo que se puede exigir; he aquí todo lo para que fueron facultados los Apóstoles por su Divino Maestro.» Ciertamente los Apóstoles no fueron facultados para exigir más que lo necesario, y esto, no de los gobiernos, sino de los fieles cristianos. ¿Pero se sigue de ahí por ventura, que no podemos recibir lo que se nos da espontáneamente o sin exigirlo? Esta es la cuestión. ¿Qué límites tiene el cargo de aliviar todas las miserias de los necesitados, cargo que la Iglesia tomó sobre sí desde el principio, siguiendo el espíritu del Evangelio? Jesucristo, pues, no puso límites a la natural capacidad de adquirir la Iglesia los bienes que la piedad de los fieles depositase en su seno para tan santos fines. Pero si esto puede hacerse, añade Vd., por medio de la propiedad mobiliaria, la Iglesia no tiene derecho a la inmueble. La capacidad jurídica para adquirir y conservar esta las personas que no tienen una existencia natural, solamente el Estado puede declararla. Jesucristo no estableció la forma o clase de la propiedad de su Iglesia. Esto es de la exclusiva competencia del poder civil. ¿He aquí una serie de proposiciones falsas, de aserciones gratuitas, contrarias al derecho natural y a la libertad e independencia de la Iglesia. Sólo es verdadero lo que Vd. dice, que Jesucristo no estableció la forma o clase de propiedad de su Iglesia, y por lo mismo, añado yo, la dejó toda su capacidad de adquirir propiedades, y nadie debe ser osado a poner límites a lo que el Hijo de Dios dejó ilimitado.

«Que la Iglesia no tiene derecho a la propiedad inmueble si le basta la mobiliaria. Ese argumento puede hacerlo contra Vd. un socialista, vendiéndole su propiedad inmueble, y diciéndole, le basta a Vd. la mobiliaria. Ese principio, en fin, es la subversión de toda la sociedad, y si mañana se apoderan del mundo los socialistas y dicen a los particulares os basta la propiedad mobiliaria para vivir, incorpórese, pues, toda la inmueble al Estado; nada podría usted responder. ¿Quién es el juez de si basta o no basta la propiedad mobiliaria? Jesucristo hizo a su Iglesia independiente, separó el sacerdocio del imperio, y quiso que estuviese al frente de la sociedad religiosa un jefe que es su Vicario; y al frente de las sociedades civiles un príncipe, un consúl, un presidente, según las diversas especies de Gobierno que se estableciesen. El jefe de la sociedad religiosa fue encargado de gobernarla y de poner en ejecución los derechos naturales y divinos de esta sociedad, entre los cuales se cuenta el derecho a adquirir, por medios justos, bienes temporales para hacer frente a sus necesidades terrestres; el jefe de la sociedad civil recibió también la potestad y el derecho de regirla y gobernarla con leyes justas.

«La capacidad jurídica para la propiedad inmueble en las personas que no tienen una existencia natural», dice Vd.; sólo el Estado puede declararla. El Estado puede declarar, digo yo, lo que quiera, con tal que esa declaración no sea una infracción del derecho natural, y lo sería abiertamente declarar incapaz a la Iglesia de adquirir propiedad inmueble, cuando la tiene por derecho natural, como cuerpo lícito y como sociedad divinamente instituida, a la cual su fundador no limitó el derecho de adquirir y que no puede cometer un crimen que la haga merecedora de tal castigo, como lo son los parricidas. Esa declaración de incapacidad se comprende bien en el Imperio romano, perseguidor encarnizado de la Iglesia; pero es incomprensible en una nación cristiana: sería arbitrariedad y despotismo.

La transmisión de dominio de toda clase de propiedad por medio de donaciones, permutas, ventas, etc., es de derecho natural, como lo fué la adquisición primitiva de la propiedad por la ocupación. Sin esos pactos los dominios hubieran tenido una inmovilidad contraria a la libertad y a la felicidad de los individuos y de las naciones. La propiedad y su transmisión son dos cosas que traen origen de la misma fuente, del derecho natural. ¿Qué tienen que hacer las leyes en esta materia? Nada, si todos los hom-

bres fuesen justos y obrasen con sinceridad; el consentimiento manifestado de cualquiera manera bastaría para hacer los pactos.

Pero como a menudo la malicia de los hombres esa sinceridad y lealtad no puede esperarse de todos, fué preciso, por el bien común, rodear la voluntad de los contratantes de ciertas defensas, como la escritura pública, el escribano y cierto número de testigos, para que los ciudadanos honrados no cayesen en los lazos de los perversos, y estos no buscasen fugas para deshacerse de los vínculos del contrato natural. Así es como entiendo yo, sin ser juriconsulto, estas cosas. Así es como el derecho civil declara y da firmeza a los pactos naturales. La ley, pues, no da un consentimiento y la naturaleza otro, sino que lo único que hace aquella es añadir ciertas fórmulas o solemnidades para hacer constar públicamente la honestidad de los pactos irritándolos cuando faltan esas solemnidades esenciales.

Supone Vd. que la Iglesia no tiene una existencia natural, y que por lo mismo sólo el Estado puede darle capacidad jurídica de adquirir. La Iglesia, persona moral, tiene una existencia natural, porque es conforme a la naturaleza que los hombres vivan en una sociedad religiosa, y porque es gobernada exteriormente por hombres. Tiene además otra existencia sobrenatural por su fin y por su potestad de perdonar pecados y dar la gracia. La sobrenatural no destruye, sino que supone la naturaleza.

Hasta otro día se ofrece a Vd. como siempre atento S. S.

EL CARDENAL ARZOBISPO DE SANTIAGO.

Su Santidad, en el Consistorio secreto del 8 del corriente, ha preconizado para la Iglesia catedral de Palencia al señor D. Juan Lozano, Presbítero de Santiago, Arcediano del Cabildo metropolitano, director del Seminario, doctor en teología y licenciado en derecho civil y canónico; y para la Iglesia catedral de Vich al señor D. Antonio Jordá y Soler, Presbítero de Gerona, Canónigo lectoral de la catedral de Lérida, Vicario general de la misma ciudad y diócesis, y licenciado en derecho civil y canónico.

SEDECIÓN MILITAR

MINISTERIO DE LA GUERRA.

Anchuras, 14 de Enero, a las seis de la tarde.—El general Zavala al ministro de la Guerra: «He llegado a este punto de donde saldré mañana según las noticias que reciba de la dirección de los rebeldes.»

Campillo de la Jara, 14 de Enero, a las ocho de la noche.—El general Echagüe al ministro de la Guerra: «He llegado a este punto, y mañana continuaré la persecución de los sublevados según las noticias que adquiriera. Van en completa desmoralización, y han abandonado varios caballos por estos pueblos.»

Alcázar, 15 de Enero, a las dos y treinta minutos de la tarde.—El capitán general de Extremadura al ministro de la Guerra:

«La situación de la columna en este punto la creo buena, y aunque los sublevados atraviesan el Guadiana y se introdujesen en la izquierda del río expuesto, confío en que sin grandes marchas tendré tiempo para darles alcance antes de que lleguen a la frontera.»

Trujillo, 15 de Enero, a las ocho y diez minutos de la noche.—El subinspector de telégrafos al ministro de la Guerra:

«El alcalde de Logroño, por oficio recibido a las ocho y cinco minutos de la noche, me dice lo siguiente: La noche última han pernoctado en esta las fuerzas sublevadas con Prim, y a la hora de salir se ha presentado una columna al mando del comandante D. Teodoro Camino, el cual ha continuado en persecución del enemigo.»

Cáceres, 15 de Enero, a las once y cincuenta minutos de la noche.—El gobernador civil al ministro de la Guerra:

«Al amanecer del día de hoy salían las fuerzas de Prim, de Logroño, y al poco tiempo el comandante Camino penetraba en la villa. En la plaza logró alcanzar varios caballos y efectos de los sublevados que han quedado a cargo del alcalde.»

Mérida, 15 de Enero, a las diez y cincuenta y cinco minutos de la noche.—El alcalde al ministro de la Guerra:

«Acabo de saber que Prim ha vadeado el Guadiana cerca de Villanueva de la Serena, a donde ha llegado esta noche a las siete; sólo ha exigido allí dos guías, y continuó a las ocho su marcha con dirección al Haya, camino de Portugal.»

Badajoz, 15 de Enero, a las doce y diez minutos de la noche.—El general segundo cabo al ministro de la Guerra:

«Según parte del alcalde de Villanueva de la Serena, a las seis y cuarto de esta tarde han pasado los sublevados el vado de Guadiana en dirección de dicho pueblo, y continúan su marcha al Haya, camino de Portugal.»

Los capitanes generales de Cataluña, Aragón, Valencia, Granada, Sevilla y demás distritos, participan que no ocurre novedad, y que reina el orden mas completo.

Según dicen hoy los periódicos ministeriales, conculcado el gobernador de la provincia de Vizcaya, D. Antonio María Fernández, del desamparo y miseria en que han quedado las numerosas familias de los 16 pescadores del puerto de Barneo que, entre otros varios, perecieron ahogados el día 9, ha solicitado del Gobierno que se digne destinar del fondo de calamidades públicas la cantidad suficiente para socorrer a

las viudas y huérfanos de los infelices naufragos.

También ha dispuesto que se abra una suscripción en los pueblos de la provincia con el mismo caritativo objeto, y ademas que la compañía teatral de Bilbao dé una función a beneficio de dichas familias.

Todas estas disposiciones demuestran el celo y nobles sentimientos del gobernador de Vizcaya; pero la última no es de nuestra aprobación. En el carácter del pueblo español está el hacer el bien con todo desinterés y con toda pureza.

¿Busca la revolución algo que realmente sea una exigencia social, que no esté satisfecha?

Esta pregunta no es nuestra, es de *El Diario Español*, y con él creemos, en efecto, que la revolución debe estar satisfecha, pues si algo tiene que conseguir todavía, con dar el nombre de *exigencia social* a lo que solicite, logrará cuanto se le antoje.

Es probado.

Ayer reprodujimos con ligeras observaciones, por nuestra parte, un ligero artículo publicado por *La Correspondencia* haciéndose cargo de ciertos rumores de crisis ministerial que habían corrido los días anteriores. Consistía la importancia de dicho artículo, en haber aparecido en las columnas de *La Correspondencia*, cuyo índole es de todos conocido, en ser clasificado por algunos entre los que más celebridad han dado al periódico noticiero, y por fin en haber sido prohibido y aprobado por *El Diario Español*, órgano el más caracterizado entre los ministeriales.

Hoy, con sorpresa nuestra, hemos leído un violento artículo de *La Política*, órgano también ministerial, censura, lo afirmamos, el publicado por *La Correspondencia*, a la que trata de quitar todo carácter de ministerial, echándola en cara repetidamente su indiscreción, y asegurando que sus imprudencias harán que llegue un día en que una de las cosas que temerán más seriamente todos los gabinetes, como la teme el actual, será sin duda alguna el oficioso e ineludible apoyo de *La Correspondencia*. Lo que principalmente critica *La Política* es que *La Correspondencia* se haya atrevido a lanzar a la pública voracidad la palabra crisis. Tan distinto modo de apreciar el artículo de *La Correspondencia* por dos periódicos ministeriales, *El Diario* y *La Política*, ha dado como era de suponer, mucho que hablar y que pensar en los llamados círculos políticos; pero cuando se pierde ya la brújula como suele decirse, es al ver hoy reproducido por *El Diario Español* el artículo de *La Política* sin la menor atenuación y sin el menor comentario.

Añadiremos, por último, que *La Correspondencia* se disculpa hoy de un artículo de ayer, asegurando que no se inspiró más que en su propio criterio, y que se afirma en su opinión al ver copiadas y aprobadas sus palabras por *El Diario Español*.

Publicamos con mucho gusto la siguiente carta que D. Orense nos escribe el Sr. D. Valentín de Novoa, conocido ya de los lectores de *EL PENSAMIENTO*, en la cual da cuenta de la muerte del virtuosísimo Prelado de aquella diócesis, y se ocupa en otros asuntos con el sentimiento de un verdadero católico entusiasta por la santa causa de la Iglesia.

Dice así:

ORENSE, Enero 11 de 1866.

Señor director de *EL PENSAMIENTO ESPAÑOL*.

Muy señor mío y de mi especial consideración: Me tomo la libertad de participar a Vd. la sensible nueva de que Dios se ha servido llamar a mejor vida a nuestro Prelado el Excmo. é lmo. Sr. D. José Avila Lamas, a las nueve de la mañana del 2.º del corriente, en cuya fecha se cumplían ocho años menos un día que hiciera su solemne entrada en la capital de la diócesis; no sólo se dió esta coincidencia, sino la aun más singular de ser el mismo día de su muerte el aniversario de su consagración.

Fue nuestro difunto Pastor de condición en extremo bondadosa y apacible; singularmente generoso, hizo cuanto bien estuvo a su alcance, remediando necesidades y mejorando la suerte de todas quantas personas pudo favorecer, al paso que él se trataba con inusitada humildad.

Tuvo la diócesis la desgracia de que, casi desde su venida a ella, empezara a faltarle la salud; en especial los últimos años fueron para él de un continuado y bien lastimoso padecer. Quiera el Señor mirarle con ojos de piedad, y recompensar en el cielo sus merecimientos y virtudes. Quiera también enviar pronto a esta Iglesia un Pastor tal como las actuales necesidades reclaman.

El lmo. Cabildo nombró el 8 Gobernador Vicario capitular sede vacante al doctor D. Ramon Rodríguez Estévez, Canónigo Doctoral, que ya en otras dos ocasiones ejerció igual cargo; fiscal eclesiástico al doctor D. Francisco Garbafallo Fidalgo, Canónigo penitenciario; secretario al señor Canónigo D. Manuel Alonso Dorado, y ecónomo al señor Arcediano D. Manuel Artega. En todos estos nombramientos ha dado el ilustrísimo Cabildo, en los críticos momentos que atravesamos, una insigne prueba de singular acierto, y bien puede decirse que en medio del luto que siempre causa la pérdida de un Prelado, esta Iglesia está de enhorabuena.

Y cuenta que no le faltan motivos de duelo y amargura, pues ademas del muy grande y principal que queda expuesto, y de las intensísimas penas y dolores que la impiedad, maldad y sin entrañas, causa y agrava cada día a la sagrada persona del inmortal y santo Pontífice Pío IX, asunto para derramar incesantes lágrimas; aparte de estos dolores incomparables; pues a ellos no hay, para todo católico, ninguno que en magnitud e intensidad pueda ni remotamente asemejarse; aun sobre todo esto, al pobre Clero de esta diócesis se le vienen infringiendo agravios, de algún tiempo acá, y causando perjuicios de todo punto injusti-

cables. Ello es que se le retrasa el pago de sus haberes cuando a todas las demás clases se les satisface puntualmente. En el mes de Diciembre pagósele a duras penas la asignación correspondiente a Octubre, y hoy se le están adeudando las de Noviembre y Diciembre.

¿Qué razón hay para que se satisfagan todas las demás obligaciones y se postergue esta, siendo la más sagrada, y la que debería ser preferida? ¿Es por ventura lo que al Clero se le paga una gratificación que voluntariamente le dona el Estado, ó es una indemnización, un exequio reintegro por la gran propiedad de que se le ha despojado? ¿No existe un Concordato, un convenio entre dos potestades, que es ley del reino, en el que el Gobierno solemnemente contrajo la obligación de satisfacer esa indemnización? Pues si existe, y con él esa deuda, ¿por qué no la paga el deudor puntualmente teniendo, como tiene, medios de hacerlo?

No es, cuando está el orden público amenazado, ocasión oportuna de dilucidar el por qué de esos hechos, por más notorio é irritante que sea. Si la Misericordia Divina se apiada de nosotros, y poniendo término al desbarajuste gubernamental en que nos hallamos sumidos tiempo há, nos envía, como esperamos, días mejores, para esos bonancibles y serenos días nos reservamos esclarecer los móviles de esas atroces injusticias, si para entonces no estuviesen ya reparadas.

Es de Vd., señor director, con la mayor consideración afectuosa seguro servidor Q. B. S. M.—Valentín de Novoa.

RECTIFICACION.

Contestando ayer a *La Verdad*, decíamos que el Sr. Sanchez Asso, diputado electo por Navarra, después de desentendados los votos que obtuvo en Tudela, le sobraban aún un millar; pero los cajistas nos hicieron decir un millon.

CORREO DE FILIPINAS.

Dice la Gaceta:

«Por el correo ordinario de las islas Filipinas, recibido en esta corte en el día de ayer, confirma el gobernador superior civil su despacho de 24 de Noviembre último, inserto en la *Gaceta* del 12 del corriente, que por telégrafo anticipó el consúl de S. M. en Manila.

Continuaba sin alteración el orden público en aquellas islas.

La salud pública era completamente satisfactoria.

En las provincias centrales de la isla de Luzon, donde, como en anteriores partes se ha dicho, se habían perpetrado en los meses precedentes bastantes delitos contra las personas y la propiedad, la seguridad pública y la confianza se restablecían visiblemente por efecto de una inteligente y perseverante persecución de malhechores.»

El comercio se presentaba en mejor estado, pues habían subido los cambios y fletes. Había ocurrido una grande inundación en las provincias de Camarines y Albay, la primera de las cuales había quedado cubierta casi en su mayor parte, con gran perjuicio de la agricultura y de las obras públicas.

El correo que salió de España el 22 de Setiembre había llegado sin novedad.

CORREO DE LA HABANA.

Hé aquí las noticias más interesantes que nos traen los periódicos de la isla de Cuba, procedentes algunas de ellas de otros puntos de América.

Terminada la elección de concejales en todos los pueblos de la isla, han obtenido los electos el nombramiento correspondiente de la autoridad superior.

Se ha establecido en Matanzas una Caja de ahorros parecida a la que existe en Santiago de Cuba, y un Monte de piedad, cuyo reglamento está calcado en el que rije hoy en Madrid.

Han sido declaradas parroquias de término en dicha ciudad de Matanzas las de San Nicolás de Bari, Nuestra Señora del Pilar, San Salvador del Cerro y Jesús del Monte, empezando a regir la soberana disposición que así lo ordena con el ejercicio del presupuesto de 1866 a 1867, en el que se incluirán las asignaciones correspondientes de personal y material de las mismas.

Los periódicos de Puerto-Rico anuncian el propósito del Sr. D. Ramon de Herrera, del comercio de la Habana, de fr introducir cuantas mejoras y reformas beneficiosas al público sean posibles en su línea de vapores-correos de las Antillas españolas, y que, en prueba de ello se habían comenzado a rebajar los precios del pasaje y flete, no sólo para que se aumente el tráfico, sino para facilitar aun a las fortunas más modestas el viajar con frecuencia en esos cómodos y bonitos vapores, que tanta seguridad brindan al pasajero.

Refiriéndose a noticias recibidas de Nueva-York, dice un diario de Cuba:

«El embrollo fanioso se complica y enreda más y más. El llamado presidente desestimó la orden de destitución del Senado, y lanzó una especie de proclama llamando a los senadores y nulos é ilegales todas sus disposiciones. Ha seguido ocupando el palacio presidencial, desde donde se ha dirigido a todos los círculos, centros ó logias de la hermandad, apelando a la decisión del Congreso general que ha de celebrarse en Enero, y anunciando en tanto que tiene a los senadores, que son los únicos legítimos. El Senado a su vez apela también al Congreso, y ofrece igualmente bonos de su manufactura, que asegura ser la sola legal. Los centros se han reunido y discutido, decidiéndose unos por el Senado y otros (los menos) por O'Mahony.

Trabajo le mandamos al próximo Congreso para destruir el cisma: desde luego sospechamos halla imposible el restablecimiento del crédito que, según aseguran, ha producido ya un millón de pesos; de los cuales el Sr. O'Mahony ha colocado, según dicen de Filadelfia, 80,000 en oro en una casa de comercio.

Como si todo esto no fuera bastante a desmoronar el edificio republicano irlandés, se ha inaugurado en Brooklyn una asociación anti-feliana, compuesta de irlandeses avaros: a la célebre hermandad ó conventos de su farsa.»

Según carta de Trinidad se estaba esperando allí con impaciencia al Excmo. señor comandante general del apostadero, cuya visita puede ser tan beneficiosa a los puertos de la isla en que toque.

Un diario de noticias publica el siguiente despacho telegráfico:

VALPARAISO.

La fragata blindada *Esmeralda*, ha capturado la goleta *Covadonga*. Con este motivo se considera levantado en parte el bloqueo.

Noticias de este género que pasan por Londres y París, en donde es notorio que tenemos muchos enemigos procedentes de Chile y el Perú, deben recibirse con mucha desconfianza.

Dice un periódico ministerial:

«Temeroso de que lleven a Portugal el espíritu de perturbación de que han dado aquí tan lastimoso ejemplo los jefes y oficiales de la última insurrección militar, el Gobierno portugués ha dispuesto que los que ya han penetrado en aquel reino, y los que penetren en los sucesivos, sean obligados a salir de él en el plazo de veinticuatro horas, ó sean embarcados para las islas Terceras ó las Azores.»

Según el estado que publica la *Aveja Montañesa*, las defunciones ocurridas en Santander por enfermedades comunes y celerías desde el 1.º de Diciembre último al 4 del corriente mes, ascienden al número de 628. El cólera ha desaparecido ya de aquella capital.

Parece que se ha remitido una orden a esta Audiencia a fin de que en un término breve dé cuenta circunstanciada de todas las causas de imprenta que se han formado, expresando los trámites en que se halla cada una en la actualidad.

Cada día aparece mayor número de cuartos desahogados en las diferentes calles de la capital. Atribuímos este cambio, relativamente a lo que tiempo atrás se venía observando, no sólo al gran número de casas construidas últimamente, si que también a la paralización que se observa en los trabajos públicos y en toda clase de empresas industriales.

De todos modos, y sea la causa la que quiera, es lo cierto que, continuando en progresión ascendente el desahogue de las habitaciones de Madrid, forzosamente habrán de sufrir una baja considerable los respectivos alquileres.

Reunido el oro que circula en el mundo pesaría 1,150 toneladas y podría guardarse en una habitación que tuviese 20 pies de largo, 12 de ancho y 10 de alto.

Magnífico, magnífico! Si con tanto oro pudiera comprarse la felicidad en esta vida y la salvación en la eterna.

El monasterio de las Salesas Reales de Madrid fué erigido por el Rey D. Fernando VI en 1748.

Duró su construcción ocho años, y tuvo de costa cerca de 20 millones de reales, según unos, y 83 según otros.

Comprende el edificio 135,056 pies cuadrados, incluyendo la huerta 774,350 pies.

Contiene infinitas preciosidades. Los altares y retablos están ejecutados con mármoles, bronce y serpentina.

El sepulcro del Rey D. Fernando VI lo dirigió don Francisco Sabatini, siendo ejecutadas las estatuas del mismo por D. Francisco Gutierrez.

Las pinturas del techo y cúpula son obra de los hermanos Velázquez.

El cuadro del altar mayor lo pintó D. Francisco Muro, y las cuatro pinturas de los retablos, Conrado, Gingueto, Francisco Cignaroli, Francisco Muro y José Filippi.

Y sin embargo, cuando todas estas obras se ejecutaban protegiendo al obrero y fomentando las artes, no pagaban los pueblos ni con muchos miles de millones de contribución que hoy pagan.

Se ha establecido un nuevo faro en la punta meridional del puerto del Príncipe Alfonso, en la costa oriental de la isla de Balabac, en el mar de Mindoro.

Han empezado a trasladarse las oficinas del ministerio de Ultramar a la calle de Alcalá, núm. 54, donde vivió el Infante D. Sebastian.

El mar Báltico tiene entre las costas de Alemania y Suecia, 120 pies de profundidad.

El Adriático, entre Venecia y Trieste, 130 pies.

El Mediterráneo tiene en el Estrecho de Gibraltar por la parte más angosta 4,000 pies de profundidad, y al Sud de las costas de España cerca de 6,000.

En el gran Océano, a 250 millas del Sud de Nantucket, se ha sumergido la sonda 7,800 pies.

En el mar del Sud, al Oeste del Cabo de Buena Esperanza, se han medido 15,000 pies.

Al Oeste de Santa Elena no se ha hallado fondo a los 27,000 pies.

El doctor Young, fundándose en la teoría de las mareas, considera la profundidad del Atlántico en 15,000 pies, y la del Pacífico en 20,000.

Y el cenagoso mar de la política, ¿cuántas brazas de profundidad mide!

Todos los partidos liberales que en virtud del consabido juego sucesivamente han ido cayendo al fondo, pueden contestar a esta pregunta meramente científica.

Al verificarse en Valencia el derribo del torreón de Santa Catalina, se ha trasladado al museo arqueológico la antigua imagen de esta Santa esculpida en piedra, que se hallaba en dicho punto. Al pie de la imagen se encuentra una inscripción que leyó erradamente en el siglo pasado D. Agustín Sales, y que publicó corregida Fuster en su biblioteca valenciana.

Debese la conservación de este monumento a los cuidados del cronista de Valencia don Vicente Borja.

¿Qué alan de destruir, y cuánta indolencia y cuánta apatía para edificar!

Antesyer fué conducida a Palacio la imagen de María Santísima del Carmen, propia de su venerable esclavitud, quedando depositada en el oratorio de la Real Cámara, hasta que se verifique el alabramiento de S. M.

El Teatro Real de Madrid costó 32,000,000 de reales.

El cuartel de la Montaña costó casi otro tanto.

La deuda pública asciende a....

Los fondos se cotizan a....

¿Cuánto se puede saber sin pasar de la A!

Ha fallecido en Valencia a los ochenta y nueve años de edad el Padre Gerónimo Masís, doctor en sagrada teología, fraile profeso de la orden de San Agustín en el convento de este nombre en la expresada ciudad, catedrático jubilado de lengua hebrea en la facultad de letras de la universidad de Zaragoza y uno de los más antiguos profesores de la de Valencia, donde ejerció la enseñanza a fines del pasado siglo.

Hay actualmente en Europa 43

Soberanos reinantes; de ellos, 10 pertenecen a la religión católica, apostólica, romana, y uno de ellos es excomulgado; 30 son de la secta protestante; uno es griego y otro mahometano, el cuarenta y tres es el Soberano Pontífice.

Los católicos son: 2 Emperadores, los de Austria y Francia; 5 Reyes, los de Baviera, Bélgica, España, Portugal y Sajonia; 2 Principes, el de Mónaco y el de Liechtenstein. El Soberano excomulgado es Víctor Manuel, Rey de Italia.

Los treinta protestantes son ocho Reyes: los de Inglaterra, Prusia, Suecia y Noruega, Dinamarca, Países-Bajos, Hannover, Grecia y Wurtemberg; 6 grandes duques, los de Baden, de Hesse-Cassel, de Mecklenburgo-Strelitz, de Odenburgo y de Sajonia-Weimar; 7 duques, los de Anhalt, Brunswick, Nassau, Sajonia-Meiningen, Sajonia-Altenburgo, Sajonia-Coburgo y Schlewig-Holstein; 9 príncipes, los de Gippe-Deimold, Liepzig-Schauenburg, Reuss-Greiz, Reuss-Schleiz, Schwarzburg-Rudolstadt, Schwarzburg-Sonderhausen y el de Waldeck; y el elector, el de Hesse-Darmstadt, y un landgrave, el de Hesse-Homburg.

El soberano griego es el Emperador de Rusia, y el mahometano el de Turquía.

Hay además 7 repúblicas en Europa: 2 esclavamente católicas, la de San Marino y la de Andorra, y 5 cuya mayoría de habitantes pertenecen al protestantismo y son las de Suiza, Hamburgo, Bremen, Francfort y Lubeck.

CORTES.

SENADO.

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SEÑOR DUQUE DE LA TORRE.

Sesión celebrada el día 15 de Enero de 1866.

Abierta á las dos y cuarto, y leída el acta de la anterior, fué aprobada.

El Senado quedó enterado de que la diputación encargada de asistir á la presentación del Infante don Juan Carlos de Borbón, se componía de los siguientes:

Señores: presidente, duque de Tamames, marques de Oviego; secretarios, conde de Torre-Díaz, marques de Corvera, marques de Javalquinto, D. Fernando Corradi, D. Eusebio Calonge, marques de Camarasa, D. Miguel Osca, conde de Sevilla la Nueva, D. Domingo Ruiz de la Vega, D. Vicente Vazquez Quiroga, conde de Almodovar y marques de Salamanca.

ORDEN DEL DIA.

Lectura de un dictamen de comisión.

Ocupando acto continuo la tribuna el Sr. Calonge, leyó, en efecto, el dictamen relativo á conceder al capitán general de Castilla la Nueva, la autorización solicitada para procesar al señor marques de los Camarasa, anunciándose que el referido dictamen se imprimiría y repartiría, y se señalaría día para su discusión.

El Sr. SEJAS LOZANO: Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene V. S.

El Sr. SEJAS LOZANO: He pedido la palabra para hacer una súplica al Gobierno de S. M.

He leído los documentos relativos al reconocimiento del reino de Italia, y entre ellos no he encontrado más que los que se han recibido por el Gobierno actual. Pero como dicha cuestión principió en el año de 1860, y los Gabinetes que desde entonces hasta aquí han existido han tenido comunicaciones relativas á ese negocio, los cuales son de mucha importancia para poder formar un juicio exacto acerca de la cuestión, creía que esos documentos debían pedirse, como también los que hayan podido mediar entre el Gobierno y sus embajadores en París y Roma relativamente á la continuación ó relevo de los mismos; porque yo creo, señores, al menos por lo que á mí se dice, que han mediado contestaciones relativas á esos mismos acontecimientos, y por consiguiente, ellos nos deben ilustrar sobre la política del Gobierno actual y de los anteriores. Sin los referidos datos, señores, creo que es imposible apreciar con exactitud esos sucesos de gran importancia, y por lo mismo yo rogaria al Gobierno que nos permitiera que yo me ocupara de ellos.

Respecto de todos los demás documentos, yo ruego á S. S. que si alguno más tiene en su mente que crea de interés y útil para su propósito y á mí se me olvide, me lo diga, porque el Gobierno está deseoso de complacer á S. S.

El Sr. SEJAS LOZANO: Doy gracias al señor ministro de Estado por la benevolencia con que ha recibido mi súplica.

Debo, sin embargo, decir á S. S. que yo no había hablado con el Sr. Arrazola; que ignoraba esas conversaciones á que S. S. se ha referido: apenas he entrado, me he venido á mi puesto. Por consiguiente, no se puede creer que después de las conversaciones que S. S. ha tenido con el Sr. Arrazola, haya venido yo aquí suponiendo una ignorancia que no tenía; estaba en ella, y con ella he venido.

Profesando el mismo principio que el señor ministro de Estado de que el Gobierno es el juez verdadero de los documentos que se han de publicar, habiendo leído la colección de los publicados por el Gobierno de S. M. y encontrando el vacío que he indicado y que conoce S. S., he venido á pedirlos no obstante que el Senado puede comprender que de muchos de ellos, quizá de todos, tengo copia, porque esto es lo regular en quien ha sido Gobierno y ha tenido que intervenir en este asunto; pero de esos documentos privados yo no debo hacer uso, sino de los que vengan aquí por un orden regular y legítimo; de aquí el haber pedido al Sr. Bermúdez de Castro que tuviera la bondad de presentarnos.

Precisamente S. S. anduvo acertado respecto á las intenciones que inspiraron esta mi pretensión. En efecto, deso que la cuestión se esclarezca de todo punto, porque quiero que el país la conozca en toda su extensión. Pero sobre este deseo que tenía y tengo, como senador, me anima también otro especial, y que S. S. no podrá dejar de conocer; tal es el de que como individuo que fui del Gabinete que precedió al actual, y que sostuve á su vez comunicaciones con los embajadores de Roma y París, tengo mi participación en este negocio é interés en colocar la cuestión en el lugar que correspondía, al menos en la parte que me atañe.

Por esto mi pretensión se ha encaminado precisamente á que se conozcan los documentos que el señor ministro de Estado nos ha dicho que está pronto á presentar.

De los demás documentos nada digo, porque el Gobierno es el único juez para decidir qué documentos se pueden traer sin inconveniente. Respecto de los que desde luego he prometido, yo le doy las gracias.

El señor ministro de ESTADO (Bermúdez de Castro): Ni he hecho ninguna inculpación al Sr. Seijas, ni tampoco se me ha pasado por la imaginación que su señoría, al hacer la súplica que ha dirigido al Gobierno, tuviese conocimiento de mis conversaciones con el Sr. Arrazola. (El Sr. Arrazola pide la palabra.) Por consiguiente, si de esta parte de mis palabras se desprendiese alguna indicación, alguna duda, téngase por retirada.

Por lo demás, yo traeré, como he ofrecido, todos esos documentos; pero para prevenir, para prevenir al Senado y al mismo Sr. Seijas de la falta que pudiesen notar cuando se publiquen, diré que, en efecto,

ya al día siguiente, ó á los dos días, me escribió que el Sr. Monle había contestado que el Gobierno de S. M. era el único juez de los que debían publicarse y de los que no deberían ver la luz pública.

Contesté al Sr. Arrazola que era, en efecto, esa la verdadera teoría; pero que el Gobierno era el único juez de lo que debía publicar y de lo que no, pero que los señores senadores y diputados tenían el derecho de pedir al Gobierno todos los documentos que creyesen conducentes y útiles para la discusión, y que entonces era cuando el Gobierno resolvería si era conveniente ó no su publicación; pero que lo que no podía admitirse era que los señores senadores y diputados se refiriesen á documentos oficiales sin que el Gobierno los hubiese puesto sobre la mesa ó publicado, y que en ese caso, deseando yo una discusión con toda lealtad y buena fe, advertía á los señores que hubiesen de hacer uso de documentos oficiales, como ya se había anunciado por el Sr. Arrazola, que el Gobierno no podía consentir; que el derecho de los senadores y diputados se limita á pedir todos los documentos convenientes; pero que una vez, no publicados por el Gobierno ó negada su publicación, era un abuso de confianza hacer uso de ellos. Y en esto daba á S. S., lo mismo que al Senado y Congreso y á todos los que hayan de tomar parte en la discusión, una prueba de la lealtad y buena fe con que estoy dispuestos á entrar en ella.

He dicho esta mañana al Sr. Arrazola que si hacía la misma indicación el Gobierno estaba dispuesto á publicarlos todos.

Por consiguiente, respondo ahora al Sr. Seijas: documentos posteriores al año 1861 son los que su señoría quiere; quiere S. S. toda la correspondencia antes del tratado de 15 de Setiembre, ó quiere la correspondencia que haya habido desde la celebración de ese tratado entre la Francia y la Italia? Si S. S. quiere especialmente (y supongo que es á lo que yo más directamente se dirige) los despachos que el Sr. Monle ha enviado al Gobierno en su última embajada, y que hablan del tratado de 15 de Setiembre, son cuatro, y S. S. los tendrá inmediatamente.

También ha hablado S. S. de correspondencia que puede haber sobre las causas que hayan motivado la dimisión de los dos embajadores que servían durante el ministerio anterior en Roma y en París; también complaceré á S. S.

Hay la dimisión oficial presentada por el señor Monle en el día 12 del mes de Julio, fundándola en diferentes razones. Será enviada inmediatamente al Senado.

Hay la respuesta que el ministerio de Estado me ofreció dar á esa dimisión, haciendo ver el ningún fundamento que tenía en las razones que para ello alegaba. También vendrá.

En lo que no puedo complacer á S. S., es en las cartas particulares que hayan mediado entre el antiguo embajador en París y yo. De esos según el giro de la discusión, haré ó no uso de ellos; son documentos privados, si bien siempre participaban del carácter semi-oficial que no puede dejar de haber entre el ministro de Estado y el embajador, en cualquier punto que sea; pero por delicadeza, por consideraciones de antigua amistad, y de respeto y de consideración hacia el importante puesto que desempeñó el señor Monle, lo mismo que hacia su persona en particular, no puedo publicar esta correspondencia mientras que á ello no me sea provocado, es en lo único que no puedo complacer á S. S.

Respecto de todos los demás documentos, yo ruego á S. S. que si alguno más tiene en su mente que crea de interés y útil para su propósito y á mí se me olvide, me lo diga, porque el Gobierno está deseoso de complacer á S. S.

El Sr. SEJAS LOZANO: Doy gracias al señor ministro de Estado por la benevolencia con que ha recibido mi súplica.

Debo, sin embargo, decir á S. S. que yo no había hablado con el Sr. Arrazola; que ignoraba esas conversaciones á que S. S. se ha referido: apenas he entrado, me he venido á mi puesto. Por consiguiente, no se puede creer que después de las conversaciones que S. S. ha tenido con el Sr. Arrazola, haya venido yo aquí suponiendo una ignorancia que no tenía; estaba en ella, y con ella he venido.

Profesando el mismo principio que el señor ministro de Estado de que el Gobierno es el juez verdadero de los documentos que se han de publicar, habiendo leído la colección de los publicados por el Gobierno de S. M. y encontrando el vacío que he indicado y que conoce S. S., he venido á pedirlos no obstante que el Senado puede comprender que de muchos de ellos, quizá de todos, tengo copia, porque esto es lo regular en quien ha sido Gobierno y ha tenido que intervenir en este asunto; pero de esos documentos privados yo no debo hacer uso, sino de los que vengan aquí por un orden regular y legítimo; de aquí el haber pedido al Sr. Bermúdez de Castro que tuviera la bondad de presentarnos.

Precisamente S. S. anduvo acertado respecto á las intenciones que inspiraron esta mi pretensión. En efecto, deso que la cuestión se esclarezca de todo punto, porque quiero que el país la conozca en toda su extensión. Pero sobre este deseo que tenía y tengo, como senador, me anima también otro especial, y que S. S. no podrá dejar de conocer; tal es el de que como individuo que fui del Gabinete que precedió al actual, y que sostuve á su vez comunicaciones con los embajadores de Roma y París, tengo mi participación en este negocio é interés en colocar la cuestión en el lugar que correspondía, al menos en la parte que me atañe.

Por esto mi pretensión se ha encaminado precisamente á que se conozcan los documentos que el señor ministro de Estado nos ha dicho que está pronto á presentar.

De los demás documentos nada digo, porque el Gobierno es el único juez para decidir qué documentos se pueden traer sin inconveniente. Respecto de los que desde luego he prometido, yo le doy las gracias.

El señor ministro de ESTADO (Bermúdez de Castro): Ni he hecho ninguna inculpación al Sr. Seijas, ni tampoco se me ha pasado por la imaginación que su señoría, al hacer la súplica que ha dirigido al Gobierno, tuviese conocimiento de mis conversaciones con el Sr. Arrazola. (El Sr. Arrazola pide la palabra.) Por consiguiente, si de esta parte de mis palabras se desprendiese alguna indicación, alguna duda, téngase por retirada.

Por lo demás, yo traeré, como he ofrecido, todos esos documentos; pero para prevenir, para prevenir al Senado y al mismo Sr. Seijas de la falta que pudiesen notar cuando se publiquen, diré que, en efecto,

ya al día siguiente, ó á los dos días, me escribió que el Sr. Monle había contestado que el Gobierno de S. M. era el único juez de los que debían publicarse y de los que no deberían ver la luz pública.

Contesté al Sr. Arrazola que era, en efecto, esa la verdadera teoría; pero que el Gobierno era el único juez de lo que debía publicar y de lo que no, pero que los señores senadores y diputados tenían el derecho de pedir al Gobierno todos los documentos que creyesen conducentes y útiles para la discusión, y que entonces era cuando el Gobierno resolvería si era conveniente ó no su publicación; pero que lo que no podía admitirse era que los señores senadores y diputados se refiriesen á documentos oficiales sin que el Gobierno los hubiese puesto sobre la mesa ó publicado, y que en ese caso, deseando yo una discusión con toda lealtad y buena fe, advertía á los señores que hubiesen de hacer uso de documentos oficiales, como ya se había anunciado por el Sr. Arrazola, que el Gobierno no podía consentir; que el derecho de los senadores y diputados se limita á pedir todos los documentos convenientes; pero que una vez, no publicados por el Gobierno ó negada su publicación, era un abuso de confianza hacer uso de ellos. Y en esto daba á S. S., lo mismo que al Senado y Congreso y á todos los que hayan de tomar parte en la discusión, una prueba de la lealtad y buena fe con que estoy dispuestos á entrar en ella.

He dicho esta mañana al Sr. Arrazola que si hacía la misma indicación el Gobierno estaba dispuesto á publicarlos todos.

Por consiguiente, respondo ahora al Sr. Seijas: documentos posteriores al año 1861 son los que su señoría quiere; quiere S. S. toda la correspondencia antes del tratado de 15 de Setiembre, ó quiere la correspondencia que haya habido desde la celebración de ese tratado entre la Francia y la Italia? Si S. S. quiere especialmente (y supongo que es á lo que yo más directamente se dirige) los despachos que el Sr. Monle ha enviado al Gobierno en su última embajada, y que hablan del tratado de 15 de Setiembre, son cuatro, y S. S. los tendrá inmediatamente.

También ha hablado S. S. de correspondencia que puede haber sobre las causas que hayan motivado la dimisión de los dos embajadores que servían durante el ministerio anterior en Roma y en París; también complaceré á S. S.

Hay la dimisión oficial presentada por el señor Monle en el día 12 del mes de Julio, fundándola en diferentes razones. Será enviada inmediatamente al Senado.

Hay la respuesta que el ministerio de Estado me ofreció dar á esa dimisión, haciendo ver el ningún fundamento que tenía en las razones que para ello alegaba. También vendrá.

En lo que no puedo complacer á S. S., es en las cartas particulares que hayan mediado entre el antiguo embajador en París y yo. De esos según el giro de la discusión, haré ó no uso de ellos; son documentos privados, si bien siempre participaban del carácter semi-oficial que no puede dejar de haber entre el ministro de Estado y el embajador, en cualquier punto que sea; pero por delicadeza, por consideraciones de antigua amistad, y de respeto y de consideración hacia el importante puesto que desempeñó el señor Monle, lo mismo que hacia su persona en particular, no puedo publicar esta correspondencia mientras que á ello no me sea provocado, es en lo único que no puedo complacer á S. S.

Respecto de todos los demás documentos, yo ruego á S. S. que si alguno más tiene en su mente que crea de interés y útil para su propósito y á mí se me olvide, me lo diga, porque el Gobierno está deseoso de complacer á S. S.

El Sr. SEJAS LOZANO: Doy gracias al señor ministro de Estado por la benevolencia con que ha recibido mi súplica.

Debo, sin embargo, decir á S. S. que yo no había hablado con el Sr. Arrazola; que ignoraba esas conversaciones á que S. S. se ha referido: apenas he entrado, me he venido á mi puesto. Por consiguiente, no se puede creer que después de las conversaciones que S. S. ha tenido con el Sr. Arrazola, haya venido yo aquí suponiendo una ignorancia que no tenía; estaba en ella, y con ella he venido.

Profesando el mismo principio que el señor ministro de Estado de que el Gobierno es el juez verdadero de los documentos que se han de publicar, habiendo leído la colección de los publicados por el Gobierno de S. M. y encontrando el vacío que he indicado y que conoce S. S., he venido á pedirlos no obstante que el Senado puede comprender que de muchos de ellos, quizá de todos, tengo copia, porque esto es lo regular en quien ha sido Gobierno y ha tenido que intervenir en este asunto; pero de esos documentos privados yo no debo hacer uso, sino de los que vengan aquí por un orden regular y legítimo; de aquí el haber pedido al Sr. Bermúdez de Castro que tuviera la bondad de presentarnos.

Precisamente S. S. anduvo acertado respecto á las intenciones que inspiraron esta mi pretensión. En efecto, deso que la cuestión se esclarezca de todo punto, porque quiero que el país la conozca en toda su extensión. Pero sobre este deseo que tenía y tengo, como senador, me anima también otro especial, y que S. S. no podrá dejar de conocer; tal es el de que como individuo que fui del Gabinete que precedió al actual, y que sostuve á su vez comunicaciones con los embajadores de Roma y París, tengo mi participación en este negocio é interés en colocar la cuestión en el lugar que correspondía, al menos en la parte que me atañe.

Por esto mi pretensión se ha encaminado precisamente á que se conozcan los documentos que el señor ministro de Estado nos ha dicho que está pronto á presentar.

De los demás documentos nada digo, porque el Gobierno es el único juez para decidir qué documentos se pueden traer sin inconveniente. Respecto de los que desde luego he prometido, yo le doy las gracias.

El señor ministro de ESTADO (Bermúdez de Castro): Ni he hecho ninguna inculpación al Sr. Seijas, ni tampoco se me ha pasado por la imaginación que su señoría, al hacer la súplica que ha dirigido al Gobierno, tuviese conocimiento de mis conversaciones con el Sr. Arrazola. (El Sr. Arrazola pide la palabra.) Por consiguiente, si de esta parte de mis palabras se desprendiese alguna indicación, alguna duda, téngase por retirada.

Por lo demás, yo traeré, como he ofrecido, todos esos documentos; pero para prevenir, para prevenir al Senado y al mismo Sr. Seijas de la falta que pudiesen notar cuando se publiquen, diré que, en efecto,

ya al día siguiente, ó á los dos días, me escribió que el Sr. Monle había contestado que el Gobierno de S. M. era el único juez de los que debían publicarse y de los que no deberían ver la luz pública.

Contesté al Sr. Arrazola que era, en efecto, esa la verdadera teoría; pero que el Gobierno era el único juez de lo que debía publicar y de lo que no, pero que los señores senadores y diputados tenían el derecho de pedir al Gobierno todos los documentos que creyesen conducentes y útiles para la discusión, y que entonces era cuando el Gobierno resolvería si era conveniente ó no su publicación; pero que lo que no podía admitirse era que los señores senadores y diputados se refiriesen á documentos oficiales sin que el Gobierno los hubiese puesto sobre la mesa ó publicado, y que en ese caso, deseando yo una discusión con toda lealtad y buena fe, advertía á los señores que hubiesen de hacer uso de documentos oficiales, como ya se había anunciado por el Sr. Arrazola, que el Gobierno no podía consentir; que el derecho de los senadores y diputados se limita á pedir todos los documentos convenientes; pero que una vez, no publicados por el Gobierno ó negada su publicación, era un abuso de confianza hacer uso de ellos. Y en esto daba á S. S., lo mismo que al Senado y Congreso y á todos los que hayan de tomar parte en la discusión, una prueba de la lealtad y buena fe con que estoy dispuestos á entrar en ella.

He dicho esta mañana al Sr. Arrazola que si hacía la misma indicación el Gobierno estaba dispuesto á publicarlos todos.

Por consiguiente, respondo ahora al Sr. Seijas: documentos posteriores al año 1861 son los que su señoría quiere; quiere S. S. toda la correspondencia antes del tratado de 15 de Setiembre, ó quiere la correspondencia que haya habido desde la celebración de ese tratado entre la Francia y la Italia? Si S. S. quiere especialmente (y supongo que es á lo que yo más directamente se dirige) los despachos que el Sr. Monle ha enviado al Gobierno en su última embajada, y que hablan del tratado de 15 de Setiembre, son cuatro, y S. S. los tendrá inmediatamente.

También ha hablado S. S. de correspondencia que puede haber sobre las causas que hayan motivado la dimisión de los dos embajadores que servían durante el ministerio anterior en Roma y en París; también complaceré á S. S.

Hay la dimisión oficial presentada por el señor Monle en el día 12 del mes de Julio, fundándola en diferentes razones. Será enviada inmediatamente al Senado.

Hay la respuesta que el ministerio de Estado me ofreció dar á esa dimisión, haciendo ver el ningún fundamento que tenía en las razones que para ello alegaba. También vendrá.

En lo que no puedo complacer á S. S., es en las cartas particulares que hayan mediado entre el antiguo embajador en París y yo. De esos según el giro de la discusión, haré ó no uso de ellos; son documentos privados, si bien siempre participaban del carácter semi-oficial que no puede dejar de haber entre el ministro de Estado y el embajador, en cualquier punto que sea; pero por delicadeza, por consideraciones de antigua amistad, y de respeto y de consideración hacia el importante puesto que desempeñó el señor Monle, lo mismo que hacia su persona en particular, no puedo publicar esta correspondencia mientras que á ello no me sea provocado, es en lo único que no puedo complacer á S. S.

Respecto de todos los demás documentos, yo ruego á S. S. que si alguno más tiene en su mente que crea de interés y útil para su propósito y á mí se me olvide, me lo diga, porque el Gobierno está deseoso de complacer á S. S.

El Sr. SEJAS LOZANO: Doy gracias al señor ministro de Estado por la benevolencia con que ha recibido mi súplica.

Debo, sin embargo, decir á S. S. que yo no había hablado con el Sr. Arrazola; que ignoraba esas conversaciones á que S. S. se ha referido: apenas he entrado, me he venido á mi puesto. Por consiguiente, no se puede creer que después de las conversaciones que S. S. ha tenido con el Sr. Arrazola, haya venido yo aquí suponiendo una ignorancia que no tenía; estaba en ella, y con ella he venido.

Profesando el mismo principio que el señor ministro de Estado de que el Gobierno es el juez verdadero de los documentos que se han de publicar, habiendo leído la colección de los publicados por el Gobierno de S. M. y encontrando el vacío que he indicado y que conoce S. S., he venido á pedirlos no obstante que el Senado puede comprender que de muchos de ellos, quizá de todos, tengo copia, porque esto es lo regular en quien ha sido Gobierno y ha tenido que intervenir en este asunto; pero de esos documentos privados yo no debo hacer uso, sino de los que vengan aquí por un orden regular y legítimo; de aquí el haber pedido al Sr. Bermúdez de Castro que tuviera la bondad de presentarnos.

Precisamente S. S. anduvo acertado respecto á las intenciones que inspiraron esta mi pretensión. En efecto, deso que la cuestión se esclarezca de todo punto, porque quiero que el país la conozca en toda su extensión. Pero sobre este deseo que tenía y tengo, como senador, me anima también otro especial, y que S. S. no podrá dejar de conocer; tal es el de que como individuo que fui del Gabinete que precedió al actual, y que sostuve á su vez comunicaciones con los embajadores de Roma y París, tengo mi participación en este negocio é interés en colocar la cuestión en el lugar que correspondía, al menos en la parte que me atañe.

Por esto mi pretensión se ha encaminado precisamente á que se conozcan los documentos que el señor ministro de Estado nos ha dicho que está pronto á presentar.

De los demás documentos nada digo, porque el Gobierno es el único juez para decidir qué documentos se pueden traer sin inconveniente. Respecto de los que desde luego he prometido, yo le doy las gracias.

El señor ministro de ESTADO (Bermúdez de Castro): Ni he hecho ninguna inculpación al Sr. Seijas, ni tampoco se me ha pasado por la imaginación que su señoría, al hacer la súplica que ha dirigido al Gobierno, tuviese conocimiento de mis conversaciones con el Sr. Arrazola. (El Sr. Arrazola pide la palabra.) Por consiguiente, si de esta parte de mis palabras se desprendiese alguna indicación, alguna duda, téngase por retirada.

Por lo demás, yo traeré, como he ofrecido, todos esos documentos; pero para prevenir, para prevenir al Senado y al mismo Sr. Seijas de la falta que pudiesen notar cuando se publiquen, diré que, en efecto,

ya al día siguiente, ó á los dos días, me escribió que el Sr. Monle había contestado que el Gobierno de S. M. era el único juez de los que debían publicarse y de los que no deberían ver la luz pública.

Contesté al Sr. Arrazola que era, en efecto, esa la verdadera teoría; pero que el Gobierno era el único juez de lo que debía publicar y de lo que no, pero que los señores senadores y diputados tenían el derecho de pedir al Gobierno todos los documentos que creyesen conducentes y útiles para la discusión, y que entonces era cuando el Gobierno resolvería si era conveniente ó no su publicación; pero que lo que no podía admitirse era que los señores senadores y diputados se refiriesen á documentos oficiales sin que el Gobierno los hubiese puesto sobre la mesa ó publicado, y que en ese caso, deseando yo una discusión con toda lealtad y buena fe, advertía á los señores que hubiesen de hacer uso de documentos oficiales, como ya se había anunciado por el Sr. Arrazola, que el Gobierno no podía consentir; que el derecho de los senadores y diputados se limita á pedir todos los documentos convenientes; pero que una vez, no publicados por el Gobierno ó negada su publicación, era un abuso de confianza hacer uso de ellos. Y en esto daba á S. S., lo mismo que al Senado y Congreso y á todos los que hayan de tomar parte en la discusión, una prueba de la lealtad y buena fe con que estoy dispuestos á entrar en ella.

He dicho esta mañana al Sr. Arrazola que si hacía la misma indicación el Gobierno estaba dispuesto á publicarlos todos.

Por consiguiente, respondo ahora al Sr. Seijas: documentos posteriores al año 1861 son los que su señoría quiere; quiere S. S. toda la correspondencia antes del tratado de 15 de Setiembre, ó quiere la correspondencia que haya habido desde la celebración de ese tratado entre la Francia y la Italia? Si S. S. quiere especialmente (y supongo que es á lo que yo más directamente se dirige) los despachos que el Sr. Monle ha enviado al Gobierno en su última embajada, y que hablan del tratado de 15 de Setiembre, son cuatro, y S. S. los tendrá inmediatamente.

También ha hablado S. S. de correspondencia que puede haber sobre las causas que hayan motivado la dimisión de los dos embajadores que servían durante el ministerio anterior en Roma y en París; también complaceré á S. S.

Hay la dimisión oficial presentada por el señor Monle en el día 12 del mes de Julio, fundándola en diferentes razones. Será enviada inmediatamente al Senado.

Hay la respuesta que el ministerio de Estado me ofreció dar á esa dimisión, haciendo ver el ningún fundamento que tenía en las razones que para ello alegaba. También vendrá.

En lo que no puedo complacer á S. S., es en las cartas particulares que hayan mediado entre el antiguo embajador en París y yo. De esos según el giro de la discusión, haré ó no uso de ellos; son documentos privados, si bien siempre participaban del carácter semi-oficial que no puede dejar de haber entre el ministro de Estado y el embajador, en cualquier punto que sea; pero por delicadeza, por consideraciones de antigua amistad, y de respeto y de consideración hacia el importante puesto que desempeñó el señor Monle, lo mismo que hacia su persona en particular, no puedo publicar esta correspondencia mientras que á ello no me sea provocado, es en lo único que no puedo complacer á S. S.

Respecto de todos los demás documentos, yo ruego á S. S. que si alguno más tiene en su mente que crea de interés y útil para su propósito y á mí se me olvide, me lo diga, porque el Gobierno está deseoso de complacer á S. S.

El Sr. SEJAS LOZANO: Doy gracias al señor ministro de Estado por la benevolencia con que ha recibido mi súplica.

Debo, sin embargo, decir á S. S. que yo no había hablado con el Sr. Arrazola; que ignoraba esas conversaciones á que S. S. se ha referido: apenas he entrado, me he venido á mi puesto. Por consiguiente, no se puede creer que después de las conversaciones que S. S. ha tenido con el Sr. Arrazola, haya venido yo aquí suponiendo una ignorancia que no tenía; estaba en ella, y con ella he venido.

Profesando el mismo principio que el señor ministro de Estado de que el Gobierno es el juez verdadero de los documentos que se han de publicar, habiendo leído la colección de los publicados por el Gobierno de S. M. y encontrando el vacío que he indicado y que conoce S. S., he venido á pedirlos no obstante que el Senado puede comprender que de muchos de ellos, quizá de todos, tengo copia, porque esto es lo regular en quien ha sido Gobierno y ha tenido que intervenir en este asunto; pero de esos documentos privados yo no debo hacer uso, sino de los que vengan aquí por un orden regular y legítimo; de aquí el haber pedido al Sr. Bermúdez de Castro que tuviera la bondad de presentarnos.

Precisamente S. S. anduvo acertado respecto á las intenciones que inspiraron esta mi pretensión. En efecto, deso que la cuestión se esclarezca de todo punto, porque quiero que el país la conozca en toda su extensión. Pero sobre este deseo que tenía y tengo, como senador, me anima también otro especial, y que S. S. no podrá dejar de conocer; tal es el de que como individuo que fui del Gabinete que precedió al actual, y que sostuve á su vez comunicaciones con los embajadores de Roma y París, tengo mi participación en este negocio é interés en colocar la cuestión en el lugar que correspondía, al menos en la parte que me atañe.

Por esto mi pretensión se ha encaminado precisamente á que se conozcan los documentos que el señor ministro de Estado nos ha dicho que está pronto á presentar.

De los demás documentos nada digo, porque el Gobierno es el único juez para decidir qué documentos se pueden traer sin inconveniente. Respecto de los que desde luego he prometido, yo le doy las gracias.

El señor ministro de ESTADO (Bermúdez de Castro): Ni he hecho ninguna inculpación al Sr. Seijas, ni tampoco se me ha pasado por la imaginación que su señoría, al hacer la súplica que ha dirigido al Gobierno, tuviese conocimiento de mis conversaciones con el Sr. Arrazola. (El Sr. Arrazola pide la palabra.) Por consiguiente, si de esta parte de mis palabras se desprendiese alguna indicación, alguna duda, téngase por retirada.

Por lo demás, yo traeré, como he ofrecido, todos esos documentos; pero para prevenir, para prevenir al Senado y al mismo Sr. Seijas de la falta que pudiesen notar cuando se publiquen, diré que, en efecto,

ya al día siguiente, ó á los dos días, me escribió que el Sr. Monle había contestado que el Gobierno de S. M. era el único juez de los que debían publicarse y de los que no deberían ver la luz pública.

Contesté al Sr. Arrazola que era, en efecto, esa la verdadera teoría; pero que el Gobierno era el único juez de lo que debía publicar y de lo que no, pero que los señores senadores y diputados tenían el derecho de pedir al Gobierno todos los documentos que creyesen conducentes y útiles para la discusión, y que entonces era cuando el Gobierno resolvería si era conveniente ó no su publicación; pero que lo que no podía admitirse era que los señores senadores y diputados se refiriesen á documentos oficiales sin que el Gobierno los hubiese puesto sobre la mesa ó publicado, y que en ese caso, deseando yo una discusión con toda lealtad y buena fe, advertía á los señores que hubiesen de hacer uso de documentos oficiales, como ya se había anunciado por el Sr. Arrazola, que el Gobierno no podía consentir; que el derecho de los senadores y diputados se limita á pedir todos los documentos convenientes; pero que una vez, no publicados por el Gobierno ó negada su publicación, era un abuso de confianza hacer uso de ellos. Y en esto daba á S. S., lo mismo que al Senado y Congreso y á todos los que hayan de tomar parte en la discusión, una prueba de la lealtad y buena fe con que estoy dispuestos á entrar en ella.

He dicho esta mañana al Sr. Arrazola que si hacía la misma indicación el Gobierno estaba dispuesto á publicarlos todos.

Por consiguiente, respondo ahora al Sr. Seijas: documentos posteriores al año 1861 son los que su señoría quiere; quiere S. S. toda la correspondencia antes del tratado de 15 de Setiembre, ó quiere la correspondencia que haya habido desde la celebración de ese tratado entre la Francia y la Italia? Si S. S. quiere especialmente (y supongo que es á lo que yo más directamente se dirige) los despachos que el Sr. Monle ha enviado al Gobierno en su última embajada, y que hablan del tratado de 15 de Setiembre, son cuatro, y S. S. los tendrá inmediatamente.

También ha hablado S. S. de correspondencia que puede haber sobre las causas que hayan motivado la dimisión de los dos embajadores que servían durante el ministerio anterior en Roma y en París; también complaceré á S. S.

Hay la dimisión oficial presentada por el señor Monle en el día 12 del mes de Julio, fundándola en diferentes razones. Será enviada inmediatamente al Senado.

Hay la respuesta que el ministerio de Estado me ofreció dar á esa dimisión, haciendo ver el ningún fundamento que tenía en las razones que para ello alegaba. También vendrá.

En lo que no puedo complacer á S. S., es en las cartas particulares que hayan mediado entre el antiguo embajador en París y yo. De esos según el giro de la discusión, haré ó no uso de ellos; son documentos privados, si bien siempre participaban del carácter semi-oficial que no puede dejar de haber entre el ministro de Estado y el embajador, en cualquier punto que sea; pero por delicadeza, por consideraciones de antigua amistad, y de respeto y de consideración hacia el importante puesto que desempeñó el señor Monle, lo mismo que hacia su persona en particular, no puedo publicar esta correspondencia mientras que á ello no me sea provocado, es en lo único que no puedo complacer á S. S.

Respecto de todos los demás documentos, yo ruego

PARTE RELIGIOSA.

SANTOS DE HOY. San Marcelo, Papa, San Fulgencio, Obispo, y Santa Estefanía.

SANTO DE MAÑANA. San Antonio Abad, confesor y fundador.

CULTOS.

Se gana el Jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia de Padres Escolapios de San Antonio Abad, calle de Horta, donde se celebrará á su glorioso Titular con Misa solemne y sermón que predicará D. Manuel García Menéndez, y por la tarde completas y procesion de reserva.

En San Cayetano se celebrará á San Antonio Abad con Misa mayor, manifestado y sermón que predicará D. Pío Hernandez Fraile, y por la tarde completas y reserva.

Se hará tambien funcion al Santo Abad en San Luis, y en la capilla de las Reales Caballerizas.

Por la noche habrá ejercicios con sermón en San Ignacio y en la Bóveda de San Gedeón.

VISITA DE LA CORTÉ DE MARÍA. Nuestra Señora de los Desamparados en Monserrat, ó la de la Flor de Lis en Santa María.

Se reza de San Antonio Abad, con rito doble y color blanco.

PARTE OFICIAL DE LA GACETA.

PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.

S. M. la Reina nuestra señora (Q. D. G.) y su augusta Real familia, continúan en esta corte sin novedad en su importante salud.

MINISTERIO DE GRACIA Y JUSTICIA.

Por este ministerio se han publicado en la Gaceta las resoluciones siguientes:

CURATOS.

En 9 de Diciembre de 1885. Aprobando las propuestas que para la provision de los curatos vacantes en las diócesis de Granada, Burgos, Segovia y Almería elevaron los respectivos Prelados, y nombrando á los sujetos que ocupaban los primeros lugares de las ternas en la forma siguiente:

Granada.

Para el curato de término de San José, de Granada á D. Salvador Brancat y Prada.
Para el de Dallas á D. Simón Vidaurreta y Campo.
Para el de Moclin á D. Emilio Alcon y Marqués.
Para el de Cogollos de la Vega á D. Antonio Devalgue y Rivas.

Para el de segundo ascenso de Alhondón á D. Ramon Santaló y Molina.

Para el de Oñanes á D. Julian Amoraga y Ruiz.
Para el de Canjajar á D. Gaspar Carrasco.

Para el de Valor á D. Pedro García y Entrena.
Para el de Jorazat á D. Juan Enriquez Ros.

Para el de Huertor Santillana á D. Antonio Moreno Navarro.

Para el de Arenas del Rey y su anejo Jatar á Don Juan España y Moga.

Para el de Beznar y su anejo Chita á D. José Pastor y Segovia.

Para el de primer ascenso de Güevajar á D. José Rivera Arroyo.

Para el de Salar á D. Pedro Delgado y Sanchez.
Para el de Alcázar á D. Juan Sedeno y Fernandez.

Para el de Cacia y su anejo Turro á D. Gregorio Larra y Tapia.

Para el de Lobres á D. Manuel Teruel y Darde.
Para el de entrada de Peligros á D. Francisco de Paula Diaz Quero.

Burgos.

Para el curato de término de San Sebastian mártir, de Reinosa, á D. Rafael Gonzalez y Peña.

Para el de Santa María de Sedano á D. Benito Salas y Gil.

Para el de entrada de San Martin Obispo y San Capracio, de Agüera, á D. Andrés Alonso de Prado y Martinez.

Para el de la Natividad de Nuestra Señora, de Cardenagimiento, á D. Plácido Escribano y García.

Para el de Santa Juliana virgen y mártir, de Ciudad de Valdeporres, á D. Gregorio Valladar y Pablos.

Para el de San Martin Obispo, de Espinosa de Cerrato, á D. Deogracias Valiente y Fraile.

Para el de San Adrian mártir, de Quintanilla de la Mata, á D. Victoriano Rodriguez y Sanz.

Para el de Santa María, de Villavaleyo, á D. Julian Mendiguren y Saez.

Para el rural de primera clase de la Asuncion de Nuestra Señora, de San Adrian de Juarros, á D. Pedro Perez y Martin.

Para el de San Vicente mártir, de Tóbera, á don Fabian Páramo y Santos.

Para el de Santa Cruz, de Villavau, á D. Zacarías Villamar y Ochoa.

Para el rural de segunda clase de Santa María la mayor de Arceñonea, á D. Saturnino García y Alonso.

Para el de San Vicente mártir, de Barrio de San Quirce, á D. Vicente Fernandez y Blanco.

Para el de Santa María Magdalena, de Espinosa de Juarros, á D. Lorenzo Mijangos y Ruiz.

Para el de Santa María, de Guinico, á D. Vicente Marroguin y Escudero.

Para el de San Pedro Apóstol, de Humiento, á don Venancio Ruiz y Contreras.

Para el de Santa María de Peñaña y su unida San Pedro de Consortes, á D. Toribio Martinez y Fernandez.

Para el de la Purificacion de Nuestra Señora, de Puentes de Amaya, á D. Antonio Calderon y Rodriguez.

Y para el de San Martin Obispo, de Villamero, á D. Esteban Lopez Ruiz.

Segovia.

Para el curato de segundo ascenso de San Pedro Apóstol, de Sanquillo, á D. Isidro de Frutos y Puayo.

Para el de la Asuncion, de Yanguas, á D. Felipe Gomez y Galdino.

Para el de la Asuncion, de Paradinas, á D. Manuel Quiza y Perez.

Para el de la Asuncion, de Laguna Contreras y su anejo Vivar, á D. Manuel Arévalo y Escoria.

Para el de la Asuncion, de Castinova, y su anejo Valdegás, á D. Santiago Barbero y Torrejon.

Para el primer ascenso de Santa María del Olmo, de Aldeanueva, á D. Ambrosio Sanz y Martin.

Para el de San Cristóbal, de Onrubia, á D. Estratón Rodriguez y Matias.

Para el de Santo Tomás Apóstol, de Castroseracin, á D. Luis Garrido y Gonzalez.

Para el de entrada de la Asuncion, de Roda, á don Prudencio Peña y Montes.

Para el de San Esteban de la Mata, de Cuellar, á D. Nicomedes Blanco y Almirante.

Para el de San Miguel, de Arcones, á D. Juan Antonio Melendro.

Para el de Santa María la Mayor, de Moraleja de Coca, á D. Remigio García y García.

Y para el de San Ubaldo, de Hinojosa y su anejo Aldehuela, á D. Mauricio Casado Palomo.

Almería.

Para el curato de término de San Pedro, de Almería, á D. Miguel Martinez Valero.

Para el de segundo ascenso, de Purchena, á D. Ildefonso María Cánovas.

Para el de María á D. Serafin Rubio Maldonado.

Y para el de entrada de Laroya, á D. José Gonzalez Ponce.

COFRADIAS.

Aprobando igualmente los estatutos por que piden regirse y gobernarse la cofradia de Misericordia del Calvario, que trata de establecerse en la villa de Orta, diócesis de Canarias, y la Sociedad de Señoras de San Vicente de Paul, establecida en esta corte.

VARIEDADES.

NUESTRA SEÑORA DE ATOCHA.

Ó LA

RECONQUISTA DE MADRID.

CRÓNICA DEL SIGLO OCTAVO.

(Continuacion.)

—¡Yo mismo me hago cruces, cómo han tenido valor para cometer tal sacrilegio!

—Voy, voy pues á la ermita.

Y espoleó fuertemente á su caballo, que rápido le condujo á la abandonada ermita.

Efectivamente; apenas se apeó el caballero penetró en ella y sus ojos en vano se dirigieron á una santa, porque como le habia dicho el pastor, estaba vacía y solitaria.

Viéndolo estaba Gracian y aun creia ser juguete de una alucinacion. Recorria toda la ermita, buscaba por todos los rincones y en ninguno encontraba vestigio ni señal alguna.

Lo que llamaba su atencion era que no faltaban el altar ninguno de sus adornos y preseas.

No habia sido pues la codicia quien habia arrancado la imagen.

Frescas estaban todavia las flores que el día antes habian ido á depositar los devotos.

Ardiendo estaban las lámparas que la noche anterior habian sido renovadas por un sencillo pastor.

Y sin embargo, ya no estaba allí como antes la Madre de todo consuelo.

Parecia que aquel sombrío lugar habia dejado de ser lo que era; desde que ya no reinaba en él, radiante de amor y de encanto la imagen de la Virgen de la Antiqua.

Una idea se le ocurrió á Gracian. Acaso los sarracenos por vengarse de la derrota pasada habian robado la santa imagen.

Pero pronto la desechaba, pensando que entonces se hubieran llevado juntamente con ella todo lo demás que servia para darle culto, sin que hubiera tampoco tenido respeto á la humildad ermita, que hubiera sido profanada de mil maneras.

No acertando á darse una explicacion satisfactoria, salió de aquel solitario recinto, llebó su alma de afliccion por tan irreparable pérdida.

Preguntó á los pastores que al paso se encontraban: ninguno abia visto á los ladrones; nadie habia oido ruido alguno durante la noche pasada.

Las puertas de la ermita, es verdad, jamas se cerraban: pero estaba bien segura de ser robada por ninguno de los habitantes de aquellos contornos.

Era, pues, un misterio para Gracian Ramirez la desaparicion de la imagen Theotoca.

Triste y abatido vagaba por aquellos alrededores, cuando en medio del silencio que en ellos reinaba, se dejaron oír los trinos de un pintado pajarillo que venia revoloteando de piedra en piedra, y de rama en rama, y que comenzó á girar en torno de su cabalgadura.

Encantado Gracian de la pequeña y vistosa ave y de la dulce armonía de sus gorjeos, dejó caminar á la ventura á su caballo, que parecia como que gozaba tambien en escucharla, y siguió la misma ruta que el ave.

De pronto detiene su vuelo el pajarillo, ante unas largas hileras de atochas ó espartos, é invita nuevamente con su arpada lengua al caballero á que penetre en aquel paraje.

Alza su vuelo el alegre guia y se esconde en medio de las atochas sin interrumpir por eso su canto.

Una voz interior anunciaba á Gracian que algo misterioso encerraba la aparicion de la ave-cilla.

Procura seguirla y al desembocar en una nueva fila de arbustos, sus ojos admiran en medio de la atocha á la preciosa imagen que buscaba, cubierta con un rústico dosel de hojarasca, radiante de hermosura y como si fuera la reina de aquella naturaleza inculta.

El corazón de Gracian sintió una dulce alegría al divisarla, saltó de su caballo y postrase ante la Virgen, besando la atocha que su planta pisaba.

Lo que entonces pasó en aquel sitio venerando, lo

que los lábios del caballero profirieron y la hermosa imagen hablara, lo escucharon tan sólo los pintados pajarillos que á su torno á ellos giraban.

Ello es que al cabo de una hora, se levantó Gracian y ocultando con ramas y hojas la venerable imagen, tomó el camino de Rivas, y reuniendo al momento á todos sus amigos y deudos, les refirió la aparicion de la Virgen en el atochar.

El sitio donde estaba enclavada la ermita era terreno correspondiente á Madrid y por consiguiente podia ser profanado por los moros; pero el atochar estaba en la jurisdiccion de Rivas segun las capitulaciones hechas entre Gracian y aquellos.

No quedaba pues la menor duda de que la Virgen escogia para ser venerada un paraje que fuese propiedad de los cristianos.

En su consecuencia al siguiente día muy de mañana fueron los amigos de Gracian y cuantos se prestaron á ello de buen grado, á poner el fundamento de una nueva ermita en que recibiese ese culto la Madre de Dios.

El lugar de la aparicion es el mismo en que hoy se estenta el templo de Nuestra Señora de Atocha.

CAPITULO VIII.

De cómo sabía Pericote sacar por el hilo el ovillo.

Han pasado ocho dias desde los últimos sucesos que hemos referido en los anteriores capítulos. El pueblo religioso de Rivas habia tomado con mucho empeño la obra de la edificación de la nueva ermita, y todos á porfia se esmeraban en contribuir, quien con dinero, quien con sus propias manos, á alzar á la Madre de Dios un recinto sagrado, que estuviese á cubierto de las correrías de los moros y en donde recibiese culto y adoracion la Virgen Theotoca, que desde entonces empezó á ser conocida con el título de Nuestra Señora de Atocha.

Y no habia que decir que sólo los pecheros eran los que ponian manos á la obra, desde que apenas rayaba el alba hasta el anochecer. Los mismos caballeros, imitando el ejemplo que les daba Gracian, se consideraban muy honrados en hacer algo por aquella santa y malagrosa imagen, y se les veia confundidos con sus mismos servidores tomando parte en las faenas y trabajos.

Sin embargo, dos caballeros se habian echado de menos en la fábrica de la ermita, Juan Garcés y Ruiz-Perez.

Aquel se ignoraba si moraba en Rivas, porque desde el día de la aparicion no habia sido visto por nadie.

Aquel hombre no salia de su casa para nada, ó si salia era en las altas horas de la noche.

Hubo quien aseguró que dos dias antes habia observado que por la noche se destacaba una sombra de la casa de Garcés y se dirigia á las afueras del pueblo, en donde le aguardaba un hombre con un caballo, en el que montando, desaparecia en direccion de Madrid, volviendo mucho antes del alba y ocultándose de nuevo en su casa.

¿Seria aquella sombra Juan Garcés?

¿Qué iba á buscar á aquella hora y por aquellos parajes, en medio de las tinieblas de la noche?

Parecia que esta mala consejera de los criminales, era la predilecta de Juan Garcés para la realizacion de sus nebulosos planes.

Por lo que respecta á Ruiz-Perez, sabido habia sido en todo el pueblo el lance en que se vio comprometido al pie de la casa de Gracian, y no habia que extrañar su ausencia en la obra de la ermita.

Cuando alguna vez se encontraba el buen escudero Martin con alguno de sus amigos se trataba el siguiente diálogo:

—¿Y tu señor Ruiz-Perez, cómo va de sus heridas, amigo Martin?

—Ya se encuentra fuera de cuidado; todas eran leves gracias al Cielo.

—¡Sea Dios loado!

—El te premie tu buen deseo.

—¿Y nada has averiguado acerca de los asesinos?

—Nada... murmuraba el escudero pintándose en su rostro la ira y procurando sofocar los impulsos que en su alma se despertaban.

—Siempre habian de ser malandrines: la prueba está en los dos que se encontraron muertos. No he visto hombres de peor catadura en toda mi vida... ¡Ay si los muertos pudieran hablar! Y dicen que fueron cuatro los que le acometieron... Por cierto que me refirió Pericote que aquella noche pudo hacer demostracion de sus fuerzas en los otros dos perillones...

—Así es cierto, amigos; á no ser por él, que por casualidad supo lo que se preparaba á mi amo, no sé lo que de Ruiz-Perez hubiera sido.

—Pues Martin... no hay más que dejarlo á Dios, que no se queda con nada de nadie, y él hará que reciba su merecido el malvado, si no en este mundo en el otro.

Y dándole un apretón de manos se separaba de Martin, el cual seguia murmurando por lo bajo:

—¡Oh, en cuanto á eso, no hay cuidado!... me parece que tengo cogidos algunos hilos, y hasta que no descubra toda la trama, juro al cielo que no le daré descanso á mi cuerpo!

Y proseguia andando, mas al doblar una esquina vino venir á lo lejos una especie de monstruo, mit d hombre, mitad madera, con paso acelerado y ocupando casi toda la calle. Ya cerca pudo distinguir lo que era aquella figura informe, y reconoció á Pericote, que jadeante y sudando, iba cargado con una inmensa viga, que dificilmente hubieran podido conducir diez hombres.

—Eh, Pericote... le gritó Martin asombrado de su mucha fuerza y tocándole en el hombro que le quedaba libre.

—¿Quién me llama? murmuró aquel con una voz de trueno, como incomodado de que le dirigiesen la palabra cuando caminaba con tal guisa, y continuando impávido su ruta.

—Soy yo... tu amigo Martin...

—¡Malos perros me coman si tú habias conocido al gigante, colocándolo en el suelo la enorme viga y haciéndolo tambalear á depositar uno de los extremos.

—Descansa, hombre, un momento...

—¡Uf... ¡creerás que está alifanque pesa un poquito, Martin?

—Es increíble, Pericote, la fuerza de que te ha dotado el cielo.

—¡Calla, hombre... si es lo más gracioso del mundo. Suponte tú, que estaban discurriendo allá abajo la manera más fácil de conducir este leño al sitio donde se está labrando la ermita... todo se volvia en ex-

plícaciones... unos, que si con diez hombres... otros, que si no eran bastantes... pero cuál... estando en lo más intrincado, acuéquenos yo calladito... lo tomé en peso... lo coloqué en mi hombro... y allí los he dejado metidos en cuestión.

—¡Parece mentira!... prorumpió Martin, mirando el espesor del madero. Después observado si estaban solos le dijo en voz baja:

—Oye, Pericote, ¿has podido oler algo de lo de la otra noche?

—¿Que si he podido?... exclamé abriendo desmesuradamente sus ojos, y trabajando su imaginacion por comprender lo que le preguntaba su amigo.

—Si, hombre... ¿no caes?

—Ni palabra... prosiguió con la mayor sencillez del mundo.

—¿Digote, que si has sabido algo de quienes fueron los dos á quienes ahuyentamos la noche en que fué herido mi amo?

—¡Yal... ¡ya caigo!... Pues mira, ahora me acuerdo, ¡y qué cabeza la mia! que tenia que decirte...

—Habla...

—Ayer me encontré á Guzman...

—¿Quién es ese Guzman?

—Un redomado... un pillete como hay pocos.

—Bien... ¿y qué?

—Que me figuro es uno de nuestros dos hombres.

—¿En qué te fundas?

—En que es el mayor tuno que se pasea por Rivas...

—¿Y nada más?

—Espera, hombre, y escucha... ¿Te acuerdas que yo fui el primero que los acometí aquella noche?

—Justo: porque tampoco hay quien te gane á correr y nos deaste atrás á los dos...

—Tambien recordaras que tiré por aquellos suelos á uno de los dos picaros?

—Recuerdo...

—Pero eso fué lo que tú viste... más te se escapó que dejé caer mi brazo, con toda la fuerza de que soy capaz, sobre sus costillas...

—Ignoraba ese episodio... y bien...

—Y bien, que ayer vi de espaldas á Guzman y juré que sobre ellas fué donde descargué el impulso de mi brazo...

—¿En qué lo has conocido?

—En que le toque en ellas muy suavemente y dió un salto, lanzando un quejido que el pobrete no pudo sofocar.

—¿Y nada más?

—Y en que tiene un bollo que bien puede ser un principio de joroba.

—¿Y en eso tan sólo estriba tu sospecha?

—Déjame proseguir. ¿Amigo Guzman, le dije, con aire socorron, parece que se ha tenido alguna querrela? «¿Querrela?» contestó con el rostro demudado... ¿pues cómo no, si tu apostura me lo indica? ¿quién te ha hecho este carino en la espalda? y dejé caer mi mano sobre ella, lanzando el infeliz un nuevo y prolongado quejido, que me hizo soltar una carcaja á la vez lo escuchado de su figura. «He sufrido un terrible caída y he quedado de la manera que ves, constáteme con acento lánguido... ¡ah, perillan, ya las pagarás todas juntas,» le dije separándole de él, no sin haberle hecho una pequeña caricia por via de apéndice. Con que... ¿qué te parece, Martin? ¿tengo razon al creer que ese malvado ha tenido parte en la emboscada?

—Merece que se piense despacio. Yo trataré de averiguar lo que hay en eso.

—Pues adios, que voy á llevar el madero.

—Escucha: ¿dónde podré verte si te necesito?

—Todo el día me tienes en el atochar.

—Bien: adios, Pericote.

—Adios, Martin.

Y cargado nuevamente con el leño prosiguió su interrumpido camino.

El escudero tomó una direccion contraria y siguiendo por una calle ancha y espaciosa se dirigió á una casa de modesta apariencia, aunque se notaba que no era de un pechero, y penetró en ella.

Era la de su amo el caballero Ruiz-Perez, de quien no se habia separado el bueno de Martin desde el lance apurado de la plaza.

(Se continuará.)

JOSÉ MARÍA LEON Y DOMÍNGUEZ.

REAL OBSERVATORIO DE MADRID.

Observaciones meteorológicas del día 15 de Enero de 1886.

Madrid á las 9 de la m.	775.4	0.2	S. E...	Brisa.
----------------------------	-------	-----	---------	--------

Mercedes de Madrid.

ENTRADA POR LAS PUERTAS EN EL DÍA DE A...

6872	arroyas de trigo.
1058	arroyas de harina de idem.
7824	arroyas de carbon.
104	vacas que componen 42604 libras de
3-87	carneros que hacen 7678 libras de pes
172	cerdos degollados, que hacen libras
	so 15480.